

MINERVA.

FOR

Jos María Herrera.



NUM. 1.^o



MAYO DE 1834.

TOLUCA:

*Imprenta del Estado, á cargo del C.
Juan Matute.*

MINERVA.

PERIÓDICO LITERARIO.

INTRODUCCION.

EL establecimiento de periódicos literarios y científicos en Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos, ha contribuido eficazmente á estender el gusto de la lectura, difundir conocimientos útiles, y fomentar los progresos de la civilizacion. Es imposible que todos los hombres tengan las facultades pecuniarias que exige la formacion de una biblioteca particular, ó el tiempo necesario á estudiar en pormenor las ciencias y la literatura. Los periódicos de que hablamos suplen en cierto modo ámbos inconvenientes. Sus editores leen, estudian, escogen, traducen, estractan para el lector, y en materias científicas le proporcionan alcanzar en pocos minutos lo que de otro modo no podria tal vez aprender en meses de estudio fatigoso.

Esta ventaja es aun mas sensible en el

Blake 25 Nov 18 1.75

estudio de la literatura general, y sobre todo de la estrangera contemporánea. Donde el conocimiento de las lenguas se halla tan poco generalizado como entre nosotros, ofrece ventajas inapreciables una obra periódica, que dedique algunos artículos á dar noticias y extractos de obras que solo sirven hoy á un corto número de literatos, difundiendo sus doctrinas y haciendo conocer sus bellezas.

Es muy sensible que en la República Mexicana todavía falte un periódico de esta naturaleza, y tal consideracion nos anima á emprender por via de ensayo la publicacion de la MINERVA. En ella nada se omitirá que pueda hacer su lectura á la vez agradable y provechosa, y ningun ramo de literatura se escluye de su plan.

A mas de ensayos morales, filosóficos y literarios, ya originales, ya traducidos, contendrá fragmentos históricos, novelas de poca estension, cuentos, poesías inéditas ó estimables por su rareza, &c.

Bajo el rubro de *Revision de obras* se darán las noticias y extractos que van expresados, formándose un juicio crítico imparcial de las obras que sirvan de objeto al artículo. En este ramo obtendrán preferencia los escritos que salgan de las prensas nacionales.

Los artículos de *Varietades* contendrán breves noticias de los progresos y descubrimientos que se hagan en las artes y ciencias.

Por ahora constará la MINERVA de un número mensal, que contendrá cuatro ó cinco pliegos en octavo, reservándose el editor aumentar ó disminuir el tamaño de cada número, segun lo exija la estension de sus artículos, y obligándose solo á que cada tomo cuatrimestre contenga tantos pliegos cuantos domingos haya habido en dicho periodo, repartiéndose gratis á los suscritores la carátula y el índice.

El precio de la suscripcion, que se pagará al recibir el primer número, es dos pesos por cuatrimestre para esta ciudad, y veinte reales para fuera, yendo los números francos de porte por la estafeta.—Se suscribe en el despacho de esta imprenta, y en México en la de Valdés y en la librería de Galvan.



TEOLOGIA NATURAL.

Los pastores que apacentaban sus rebaños en las vastas llanuras del Asia, aprendieron desde los primeros siglos del mundo

4
á conocer y observar los mas notables entre los objetos que brillan en el cielo nocturno, y á que los Persas dieron el nombre general de estrellas. Esta voz significa en su origen *gobernar* ó *dirigir*, porque los astros guiaban muchas veces al pastor cuando tenia que atravesar llanos vastísimos, ó señalaban al agricultor las estaciones del año. Por mucho tiempo se ha supuesto, y aun es comun la opinion de que las estrellas están fijas en el firmamento; pero el telescopio nos ha demostrado que muchas tienen movimientos regulares, lo que probablemente sucede con todas, aunque nosotros, arrastrados tambien en el espacio por una fuerza invisible, no alcancemos á descubrir la direccion que siguen en la órbita del universo.

Aun no hemos podido (y es creible que nunca podamos) contar con certidumbre esas brillantes moradoras del firmamento. Cada mejora nueva del telescopio nos presenta innumerables multitudes de ellas, que ántes jamás habian visto los ojos humanos. Algunas estrellas son dobles y aun triples, es decir, que se nos presentan separadas por una distancia casi imperceptible. Ya se han descubierto mas de tres mil estrellas dobles, y se supone con justicia que aun tan vasto número está lejos de agotar la ferti-

5
dad del cielo en esas producciones mellizas, algunas de las cuales se ha observado que giran al rededor de sus compañeras en órbitas que para recorrerse completamente necesitan un periodo de mil doscientos años. — Tales sistemas asombran al entendimiento, presentándole un vislumbre confuso de la eternidad!

Los astrónomos, fundados en las analogías de nuestro sistema, conjeturan, no sin motivo, que esos soles al girar unos en torno de otros, no derraman su luz inútilmente; sino que cada cual tiene su círculo de planetas, que siendo cuerpos opacos, deben ocultarse perpetuamente á nuestra vista entre el esplendor de sus respectivos luminares. Esta idea nos conduce á inferir que las estrellas, separadas entre sí por distancias iguales cuando menos á la que divide á Urano de nuestro sol, (es decir, mil ochocientos millones de millas,) tienen tambien sus Mercurios, sus Tierras, sus Saturnos, y son centros de sistemas peculiares, sembrados en la estension infinita del firmamento. Si esos planetas se hallan poblados con seres inteligentes, como lo está la tierra y se supone que lo están los otros planetas de nuestra region solar, la contemplacion ideal de tantos millones de millones de globos y sus habitantes, confunde y abruma al entendimiento.

4
á conocer y observar los mas notables entre los objetos que brillan en el cielo nocturno, y á que los Persas dieron el nombre general de estrellas. Esta voz significa en su origen *gobernar* ó *dirigir*, porque los astros guiaban muchas veces al pastor cuando tenia que atravesar llanos vastísimos, ó señalaban al agricultor las estaciones del año. Por mucho tiempo se ha supuesto, y aun es comun la opinion de que las estrellas están fijas en el firmamento; pero el telescopio nos ha demostrado que muchas tienen movimientos regulares, lo que probablemente sucede con todas, aunque nosotros, arrastrados tambien en el espacio por una fuerza invisible, no alcancemos á descubrir la direccion que siguen en la órbita del universo.

Aun no hemos podido (y es creible que nunca podamos) contar con certidumbre esas brillantes moradoras del firmamento. Cada mejora nueva del telescopio nos presenta innumerables multitudes de ellas, que ántes jamás habian visto los ojos humanos. Algunas estrellas son dobles y aun triples, es decir, que se nos presentan separadas por una distancia casi imperceptible. Ya se han descubierto mas de tres mil estrellas dobles, y se supone con justicia que aun tan vasto número está lejos de agotar la ferti-

5
dad del cielo en esas producciones mellizas, algunas de las cuales se ha observado que giran al rededor de sus compañeras en órbitas que para recorrerse completamente necesitan un periodo de mil doscientos años. — Tales sistemas asombran al entendimiento, presentándole un vislumbre confuso de la eternidad!

Los astrónomos, fundados en las analogías de nuestro sistema, conjeturan, no sin motivo, que esos soles al girar unos en torno de otros, no derraman su luz inútilmente; sino que cada cual tiene su círculo de planetas, que siendo cuerpos opacos, deben ocultarse perpetuamente á nuestra vista entre el esplendor de sus respectivos luminares. Esta idea nos conduce á inferir que las estrellas, separadas entre sí por distancias iguales cuando menos á la que divide á Urano de nuestro sol, (es decir, mil ochocientos millones de millas,) tienen tambien sus Mercurios, sus Tierras, sus Saturnos, y son centros de sistemas peculiares, sembrados en la estension infinita del firmamento. Si esos planetas se hallan poblados con seres inteligentes, como lo está la tierra y se supone que lo están los otros planetas de nuestra region solar, la contemplacion ideal de tantos millones de millones de globos y sus habitantes, confunde y abruma al entendimiento.

No podemos saber la distancia que hay de alguna de las estrellas á la tierra. Hemos medido la circunferencia que describimos al hacer nuestro viage anual en torno del sol; tomamos el diámetro de ese círculo, y con él formamos la base de un triángulo cuya estremidad superior toque al mas inmediato de esos cuerpos luminosos. Empero el ángulo formado así con la estrella resulta inapreciable aun con el instrumento mas perfecto de invencion humana; y siendo, como es, apreciable, hasta un ángulo de un segundo de grado, se sigue que la distancia de la estrella mas próxima á nosotros debe exceder al radio de un círculo en que cada segundo tenga 190 millones de millas; esto es, debe exceder doscientas mil veces al diámetro de la órbita de la tierra. Si la paloma que Noé despidió del arca hubiese volado con su mayor velocidad conduciendo el ramo de oliva á la menos remota de esas esferas, aun estuviera en el viage; y despues de elevarse por cuarenta siglos en las alturas del espacio, todavia en este momento no habria llegado á la mitad de su camino.

Aun no se ha inventado máquina alguna con que pueda calcularse la magnitud de las estrellas, y parece imposible que se invente, puesto que nunca alcanzamos á ver

sus discos. Sabemos que existen, porque recibimos rayos de su luz, que en algunos casos han de haber tardado tal vez mil años para llegar á nuestros ojos, aunque se sabe que la luz anda 192.000 millas en un segundo. El Dr. Wollaston conjetura que Sirio, el mas brillante de esos luminares, (acaso por ser el mas inmediato á nosotros,) despide una luz catorce veces mas intensa que la del sol. De aqui se infiere que debe ser magnífico el sistema cuyo centro forma Sirio; y sin embargo, no alcanzamos á percibir parte alguna suya. Cuando con un telescopio mediano vemos al planeta Saturno acompañado por sus anillos y satélites, nos parece qué pudiéramos cubrir todo ese espectáculo con una peseta. Pero un individuo que desde un planeta de Sirio mirase á nuestro sol con un instrumento semejante, supondria del propio modo que podia cubrir todo nuestro sistema con el hilo de una telaraña. Marcaría el sol en su mapa celeste como una estrella fija; pero no presentaría variacion alguna á sus ojos, porque aun el mayor de nuestros planetas no le ocultaría la centésima parte de la superficie del sol, y en consecuencia no causaría en su luz variacion alguna perceptible. Nuestro globo no existiría para él, aunque parece inmenso á nuestras mezqui-

8
nas facultades; y la voz omnipotente pudie-
ra borrarlos mañana del espacio, sin que
nos echara menos ninguno de los cincuen-
ta ó mas mundos que probablemente se ba-
ñan en el mar de luz que despide Sirio.
¿Cuyos son los ojos que vigilan sobre nues-
tra esfera? ¿Cuyo es el brazo siempre esten-
dido que la sostiene?

La estrella nombrada Omicron, en la
constelacion de la Ballena, solo se nos pre-
senta doce veces en once años. Permane-
ce unos quince dias en su mayor esplendor,
luego vá disminuyéndose gradualmente por
espacio de noventa dias, y al fin desaparece.
A los cinco meses vuelve á ser visible, y
continúa aumentándose en los tres meses
restantes de su periodo. Otra estrella, nom-
brada Algol ó Perseo, brilla durante un pe-
riodo de setenta y dos horas, luego pierde
súbitamente su esplendor, y aunque es de
segunda magnitud, queda reducida á la cuar-
ta en dos ó tres horas. En seguida vuelve
á crecer, y en tres horas y media recobra
su brillo acostumbrado. Goodricke, que des-
cubrió este fenómeno singular en 1782,
piensa (y los astrónomos han adoptado su
opinion) que esta variacion debe provenir
de la revolucion que hace en torno de Al-
gol algun cuerpo opaco, algun planeta de su
sistema, que cuando está colocado entre él

9
y nosotros, intercepta una gran parte de su
luz; y es muy probable que con Omicron
suceda lo mismo. Hay otras once estrellas
que presentan fenómenos parecidos, algu-
nas con interválos de quinientos años. Cuan-
do meditamos sobre estos hechos, y reflexio-
namos que los rayos de luz con que vemos
esta noche las Pléyadas debieron salir de
ellas en tiempo de Carlo-Magno ó ántes,
sentimos la irresistible conviccion de que la
mente capaz de comprender así la existen-
cia de millones de mundos poblados en los
abismos del éter, y lanzar á lo pasado y fu-
turo miradas mas veloces que la misma luz,
debe ser creacion de algun espíritu supe-
rior é infinito, que mora gloriosamente en
la eternidad.

Hallándonos colocados, segun los as-
trónomos, en medio de la multitud de sis-
temas que animan todo el espacio, y favo-
recidos por revelaciones sobrenaturales y
grandes adelantos científicos, nos inclina-
mos sin embargo á examinar si tales siste-
mas existen por su vigor innato, ó han sido
creados por algun poder estrínseco á ellos.
Si existen por sí mismos, resultará que son
indestructibles y eternos. Pero si al con-
trario, resultan sujetos á la ley comun de la
mortalidad, es claro que no pueden existir
por sí mismos, y entonces debe haberlos

creado un poder estrinseco, el cual debe ser omnipotente, segun la naturaleza misma de sus producciones. Este poder debe existir por sí mismo, puesto que ninguna agencia inferior á la Omnipotencia pudo crearlo: debe ser eterno, porque un sér omnipotente y existente por sí mismo, no es susceptible de infancia ni decrepitud. Esta indagacion tan importante al género humano se dilucida con hechos astronómicos, que producen una fuerza de conviccion igual á cualquier demostración matemática, y se fundan en evidencia superior á la mayor parte de la que autentica la historia de las transacciones humanas. Estos hechos acreditan que la muerte ha fijado su sello destructor sobre algunos de los mundos mas brillantes que han adornado el cielo.

En el año 125 ántes de Cristo, llamó la atencion de Hiparco un luminar extraordinario que desapareció del cielo en su tiempo, y esto le indujo á formar un catálogo de estrellas, el mas antiguo que se conoce. En el año 380 de la era vulgar apareció en la constelacion del Aguila una estrella, que por espacio de tres semanas brilló tanto como Venus, y luego se estinguió del todo. En 1572, saliendo Tycho-Brahe de su observatorio, se admiró al ver un grupo de gente que miraba con asombro una estrella

muy refulgente, que él mismo no habia visto antes, á pesar de hallarse dedicado al escrutinio del cielo. Aquel astro estaba en la constelacion de Casiopea, lucia tanto como Sirio, y por algun tiempo fué visible aun á mediodia. Comenzó á disminuirse en diciembre del mismo año, y despues de haber presentado el color de su luz todas las variaciones de un incendio, desapareció al fin en Marzo de 1574. ¿Seria tal vez satélite de alguna estrella fija que se incendió, prefigurándonos asi la suerte que aguarda á nuestro globo, segun las predicciones de los profetas?

"Posteriormente," dice Sir Juan Herschel en su tratado de Astronomia, "han ocurrido fenómenos semejantes, aunque menos espléndidos, como cuando Antelmo descubrió en 1670 una estrella de tercera magnitud situada en la cabeza del Cisne, que se hizo completamente invisible, apareció de nuevo, y despues de experimentar en dos años una ó dos fluctuaciones singulares de luz, al fin se estinguió del todo, y despues no ha vuelto á verse. Al examinar el cielo con atencion y comparar unos catálogos con otros, se echan menos muchas estrellas; y aunque es indudable que algunas de estas pérdidas provienen de equivocacion en los apuntes, tambien es igual-

mente cierto que en muchos casos no hay tal equivocacion, sino que la estrella se ha observado realmente, y realmente ha desaparecido luego del cielo.”

La existencia y muerte de Alejandro Magno, el engrandecimiento y ruina del imperio Romano, y la destruccion de ciudades que fueron en otros dias emporios del comercio y artes, son sucesos que ninguno duda, aunque la evidencia que los autoriza no es mas digna de fé que la que comprueba los hechos astronómicos referidos por Sir Juan Herschel. Hombres que por muchos años han tenido por ocupacion peculiar la observacion del firmamento, convienen en asegurar que muchas estrellas, bien conocidas antes, han desaparecido por periodos que indican claramente su aniquilacion. La consecuencia es óbvia é inevitable: esos cuerpos debieron haber sido creados, pues de otro modo no serian perecederos. Desempeñaron sus revoluciones señaladas, y perecieron; como el hombre vive los años que tiene predestinados, y muere. Si fueron creados, hay necesariamente un poder que les dió existencia, y prescribió las leyes que debian regular su curso y término.

Acaso nos dirán que estos son datos fácticos, porque la astronomía trata de obje-

tos que no pueden someterse al tacto ó probarse con experimentos, cuya magnitud es inmensurable, y que se hallan separados de nosotros por distancias indefinibles. Empero, todo el que pase la vista por un calendario confesará que los eclipses del sol y de la luna se calculan de antemano con la exactitud mas minuciosa; y mientras esos cálculos no resulten erróneos, debe convenirse en que la astronomía tiene sus certidumbres, como la química y las matemáticas. Pero aun podria decirse mas respecto de los trabajos ilustres de un Kepler y un Herschel. El primero, aun en el siglo XVI, á fuerza de estudiar el mecanismo celeste, logró fijar una série de leyes, de la que despues se infirió con fuerte probabilidad que en cierta region del firmamento se descubriría un planeta, jamás visto por ojos humanos; y esta prédicción se ha verificado últimamente. Kepler mostró que los planetas conocidos entonces, á saber, Mercurio, Venus, la Tierra, Júpiter y Saturno, (á los que Sir Guillermo Herschel añadió á Urano en 1781,) formaban todos, por decirlo asi, una familia, atada por una cadena de mútua relacion y armonía, y sujeta á un influjo regulador que se estiende desde el centro hasta los límites mas remotos del gran sistema á que

pertenecen todos ellos, incluso nuestro globo. Mas como los interválos que hay entre las órbitas planetarias van duplicándose con corta diferencia á proporcion que se alejan del sol, y el interválo mayor que hay entre Marte y Júpiter seria una escepcion á esta ley de familia, que luego continúa respecto de los planetas mas lejanos, se sospechó tiempo há la existencia de algun planeta entre Júpiter y Marte, y el principio de este siglo se distinguió por el descubrimiento de Ceres, Pallas y Juno. Las figuras pequeñas é irregulares de estos planetas, y la mucha aproximacion de sus distancias medias, produjeron la conjetura de que tal vez eran fragmentos de un planeta mayor, que en alguna época remota ocupó el interválo indicado. En tal caso, podia ser que aun existiesen otros fragmentos suyos, y de existir, debian descubrirse en la inmediacion de dichos nodos; y á este profundo raciocinio se debió el descubrimiento de Vesta. La realizacion de semejante inferencia, fundada en principios establecidos anteriormente, parece acreditar que la astronomía es algo mas que una mera teoría de probabilidades.

Tal vez habrá chocado al lector la familiaridad con que hemos aludido á la existencia de seres inteligentes en los globos

innumerables que deben girar en torno de las estrellas. No cabe duda en que las estrellas son soles, y ya hemos visto que algunas son eclipsadas periódicamente por cuerpos opacos, que es probable sean miembros de su familia planetaria. Vemos habitada la tierra; y la analogía nos persuade con voz irresistible, que si en torno de Algol gira una esfera opaca semejante á la nuestra, será para recibir de aquel sol central luz, calor, variedad de estaciones, dia y noche, en fin, dones que no es creible haya prodigado sin objeto la Divinidad á una coleccion inerte de materia.

El examen de los otros planetas de nuestro sistema que están mas inmediatos á nosotros y por lo mismo son mas observables, ilustra las analogias que muestran una semejanza de familia en todos los sistemas del universo. Tanto Mercurio como Venus tienen atmósferas muy cargadas de nubes, que manifiestamente les sirven para mitigar el brillo y calor intenso del sol. Pronto veremos la íntima conexion que hay entre la existencia de nuestra atmósfera y la vegetacion de la tierra, la subsistencia de la vida animal, la transmision del sonido y la luz, y todas las artes que tienden á la civilizacion del género humano. Por lo mismo, cuando veamos una atmósfera car-

gada de nubes en torno de una esfera, debemos inferir que en esta hay tierra y agua, vegetación, vida animal, seres inteligentes y civilización. Esta inferencia es mas inevitable cuando vemos que esos dos planetas tienen su día y noche casi iguales á los de la tierra. En Marte se ven con perfecta distinción los contornos de continentes y mares: tambien tiene atmósfera y nubes, y en los polos unas manchas blancas y brillantes, que se supone ser nieve. Sus días y noches solo difieren de los nuestros en poco mas de media hora; y su brillo encendido parece provenir del color rojo de su suelo, semejante al de algunos de nuestros distritos. Todas estas analogías con la tierra hacen increíble que esos tres planetas sean unos meros huecos del sistema solar, mucho mas al que recuerde la fecundidad con que se desarrolla la vida orgánica donde quiera que se combinan el aire, el agua, el calor y la luz.

Si la menor partícula de agua, si un grano de polvo contienen la innumerable muchedumbre de animales que descubre á nuestra vista el microscópio solar, ¿seria filosófica la suposición de que en Mercurio, Venus y Marte hay luz y calor, aire y agua, vegetación, día y noche, estaciones y climas, sin relacion alguna con la vida animal, sin

que tengan por objeto servir al sustento y ventura de seres inteligentes, capaces de apreciar los bienes de la existencia? Aun es mas fuerte el argumento respecto de Júpiter, Saturno y Urano, en cada uno de los cuales vemos obrar un mecanismo complicado y asombroso, cuyo objeto manifiesto (entre otros) es suplir la falta de luz solar que debe producir en ellos la enorme distancia que los separa del centro comun de nuestro sistema.

Aquí solo hablamos de los planetas, y no de sus satélites, que evidentemente solo sirven de auxiliares á los primarios para reflejar luz, equilibrar sus aguas, y acaso regular sus movimientos respectivos. Nuestra luna, por ejemplo, nos parece incapaz de proporcionar sustento á la vida animal; Su superficie, al menos la parte que vemos desde la tierra, está cubierta de cráteres volcánicos, algunos de prodigiosa magnitud; pero en ella no discernimos indicacion alguna de vapor, infiriéndose que no tiene agua, ó si la tiene, se halla escondida en profundas cavernas, inaccesibles á los rayos del sol. El sistema animal no puede existir sin nubes y atmósfera. Mas sea verdadero ó falso este raciocinio, resultará que no solamente la luna, sino la tierra su señora y los otros planetas con sus satélites van ca-

minando con pasos lentos pero inevitables á un periodo en que dejarán de existir, por lejano que se halle ese periodo del tiempo en que vivimos. Si es así, el argumento fundado en el carácter mortal de las estrellas resulta comprobado en el sistema particular de que forma tan pequeña parte nuestro globo.

Acaso es inútil recordar al lector que el diámetro del verdadero globo del Sol, separado del elemento luminoso que lo rodea, se ha calculado en 882.000 millas. Pero acaso no ha fijado su atención en el hecho notable de que si los once planetas que lo rodean á varias distancias en el espacio, con sus diez y ocho satélites y los dos anillos de Saturno, se fundiesen en una esfera, el volúmen de esta apenas seria una trescentésima parte de la magnitud del Sol. La manzana que cae del árbol á la tierra, la vuelta á esta de una piedra lanzada al aire, demuestran el poder irresistible que una gran masa de materia ejerce sobre otra menor. Por un efecto de esta misma ley atrae el Sol á Mercurio á una distancia de treinta y siete millones de millas. Pero la fuerza de esa atracción se equilibra en algun modo por la de Venus y la mas lejana de los otros planetas y sus respectivos satélites; y la precisión con que se han ajustado todas las

fuerzas complicadas que resultan de la acción del Sol sobre todos los planetas, y de la particular que ejerce cada uno de estos sobre otro, prueba irresistiblemente que sola una inteligencia divina pudo formar y combinar esta máquina espléndida.

Las gravitaciones mútuas de los planetas cuando giran en torno del Sol, producen en el sistema ciertas perturbaciones que aunque pequeñísimas en cada caso particular, van haciéndose considerables con el lapso de siglos. Por ejemplo, una de sus consecuencias es que la luna verifica sus revoluciones mensuales al rededor de la tierra en un intervalo mas corto que antes, segun aparece de un eclipse observado por los Caldeos en Babilonia setecientos veinte y un años antes de la era cristiana. Empero estas perturbaciones no pueden pasar de ciertos límites, y no afectan la estabilidad del sistema, pues no seria digno del Grande Arquitecto que este se trastornara por un defecto sensible en la construcción de su máquina. Ni es de creer que sufra un trastorno de consideracion, si, como es indudable, gira con las estrellas y sus planetas en torno del centro del Universo, del sol soberano de todas las cosas, cuya posición jamas alcanzarán á descubrir los ojos humanos. Una variacion de esta clase se-

ría del todo imperceptible para nosotros. "El desarrollo de semejante alteracion," observa Mr. Poinset, "seria comparable á una curva enorme, de la cual solo viéramos un arco tan pequeño, que lo reputáramos línea recta." En esta suposicion, el plano ecuatorial de todos los soles y de los mundos que ellos iluminan, pasaría por el gran centro de gravedad del universo; y por lo mismo, solo en este centro podemos hallar la increada y única mansion del reposo eterno y absoluto, el trono del Omnipotente. No es dado á la fantasía representarse la grandeza de tal procesion, compuesta de globos innumerables revestidos de luz, que cercados por sus planetas, hirviendo en inteligencias de todas clases, giran en torno de la Mente inefable creadora del todo, y velan sin eclipsarlo el esplendor infinito de su gloria.



HIERRO Y ORO.

Instrumenta regni.

TACIT.

LA BARRA DE HIERRO.

CELEBRO el temblor de tierra que acaba de pasar, porque me proporciona la satisfaccion de estar á tu lado bajo los escombros de este palacio destruido. Ambos estamos bien abatidos, respecto de nuestra grandeza pasada; pero si otra conmocion nos arroja de nuevo á la superficie de la tierra, y volvemos á mudar de figura bajo el martillo del artesano, cobrarémos nuestro poder, y seguiremos siendo las dos grandes palancas del mundo.

EL TEJO DE ORO.

No estraño celebres una catástrofe que por algunos instantes ha producido entre nosotros cierta igualdad, de que abusa tu vanidad impertinente.

LA BARRA DE HIERRO.

Puesto que aprecias tanto las memorias de tu existencia pasada, permíteme re-

cordarte que si resplandecias en forma de corona sobre las sienes del sultán Bayaceto, no brillaba yo menos en la diestra de Nadir-Shah, bajo la forma de aquella espada formidable, de cuyo temple hiciste una experiencia bien dolorosa.

EL TEJO DE ORO.

Jáctate de que serviste á los furores de un foragido; pero sabe, instrumento vil de trabajo y de guerra, que solo el valor intrínseco es indestructible. Mientras que el orin acabará de devorarte, y de volver á la tierra las moléculas viles que te componen, yo tornaré á ser el símbolo de la autoridad soberana, ó en forma de copa espléndida, ornaré las mesas de los festines: mis partes menores, selladas con la imagen de los reyes, circularán de mano en mano, y todos las recibirán con júbilo, como medio para satisfacer todas las necesidades, y comprar todos los placeres.

LA BARRA DE HIERRO.

Poco á poco, amado compañero; y dignate recordar que ámbos somos resultado de una agregacion fortuita de partes homogéneas, y que solo nos diferenciamos en nuestras propiedades. ¡Cuál de los dos ha sido mas útil á los hombres? ¡Les has he-

cho mas servicios que yo, y eres mas acreedor á su reconocimiento? Esto debemos examinar. Refiéreme tu historia, y yo te contaré la mia.

EL TEJO DE ORO.

Me place. Nadie nos oye, y sin degradarme, puedo conversar contigo. El Perú fue mi patria.

LA BARRA DE HIERRO.

Es decir que te regó la sangre humana, y tu nacimiento fué tu primer crimen.

EL TEJO DE ORO.

El padre Valverde lo espíó, transformándome en un candelero magnífico, que remitió Carlos V al Vaticano.

LA BARRA DE HIERRO.

El primer servidor de los servidores del Dios de los pobres, no hubiera recibido ese don fastuoso: el que puso una cruz de madera en el altar, habria temido tal vez profanarlo, poniendo en él un candelero de oro.

EL TEJO DE ORO.

Diez años despues, me arrancaron un brazo, y lo vendieron á un platero de Roma: este lo convirtió en lindisimos rosarios.

que con la mayor edificación adornaron los cuellos de alabastro de algunas Romanas hermosas. Después de haber figurado cerca de un siglo al pie del sólio pontificio, Su Santidad, que necesitaba dinero para hacer la guerra á su carísima hija la república de Venecia, me vendió á unos judios, los cuales fundieron otros dos de mis brazos; y por medio de tres quintas partes de liga, hicieron con ellos joyas, relicarios y medallas, en que ganaron 150 por 100.

Uno de aquellos honradísimos israelitas notó que una de las perfecciones que me dió naturaleza es una facilidad prodigiosa de estenderme; y con un pedazo mio de una onza de peso cubrió una superficie ciento cincuenta veces mayor que la que ocupaba en mi primera forma. Con este descubrimiento feliz logró dar á las materias mas viles el esplendor que á mí solo pertenecía.

LA BARRA DE HIERRO.

Entiendo, entiendo: tienes la propiedad de adornar los defectos, enmascarar los vicios, y atraer cierta consideracion á los objetos mas despreciables.

EL TEJO DE ORO.

Eh! silencio!—Mutilado así, llegué rodando á Persia, y me guardaron en el

tesoro del Sofi; á poco, me entregaron al platero de la corona, para que me arrancara el último brazo, y con él hiciera un cetro digno del potentísimo, invencibilísimo emperador del mar, hijo del sol y de la luna, tio de los planetas, primo de las estrellas, rey de Persia y de las Indias, &c. Bajo esta nueva forma, hice gemir y temblar á todo el Oriente. Al verme se postaban los grandes, y se anonadaban los pueblos; con un solo movimiento, hacia caer en torno de mí las cabezas de diez mil esclavos, ó lanzaba trescientos mil á la guerra. Mi parte inferior, en la que estaba grabado el sello imperial, regulaba los destinos de cien millones de hombres. . . . ¡Ay! una irrupcion de los Tártaros me arrancó á las manos del Sofi, y suspendió el curso de mi gloria.

LA BARRA DE HIERRO.

Para esto no se necesitaban Usbeks ni Mamelukos: el despotismo se destruye á sí propio: así fué devorada Persépolis por el fuego á quien adoraba.

EL TEJO DE ORO.

El conquistador tártaro, viendo en sus manos el cetro del hijo invencible del sol, lo regaló al gran Lama, es decir, al gran colegio de bonzes que gobierna en nom-

bre de *Su Eternidad*: estos me volvieron al estado de tejo, despues que limaron mi base, para componer con mis particulas los saquillos odoríferos que envia el gran Lama á sus mas fieles adoradores.

Habia muchos años que yacía guardado en el santuario impenetrable donde los bonzos acumulaban sus riquezas, cuando un terremoto sacudió el Tibet, y se tragó templo, ídolos, sacerdotes y tesoro. A la verdad, se necesitó nada menos que una de las catástrofes horrorosas que trastornan el mundo, para habernos mezclado bajo los mismos escombros. Mas rato ha que estoy percibiendo un rumor confuso: me buscan, y restituido á la luz, volveré presto á la carrera de poder y gloria que me abren los hombres y la naturaleza.

LA BARRA DE HIERRO.

Al empezar mi historia, permítete repetirte que tenemos un origen comun, y que la mina de que me sacaron no era mas oscura que aquella en que naciste. Si yo fuera capaz de envanecerme por circunstancias puramente fortuitas, diria que fui conocido en la tierra mucho antes que tú. Pero dejemos el derecho de antigüedad, que al fin es un acto generoso del tiempo; y sin averiguar cuanto há que vivimos, veamos como hemos vivido.

Tú naciste en el Perú, y yo en los bosques de Alemania: tú costaste la vida á los hombres que te arrancaron con esfuerzos dolorosos á las profundas entrañas de la tierra, y yo recompensé con beneficios el trabajo mas fácil de los que me hallaron á poca distancia de su superficie.

La masa enorme que al principio me contenia, dividida por la accion del fuego en muchos fragmentos, solo recibió al salir de la fundicion destinos benéficos, útiles ó nobles: me ví transformado en instrumentos de labranza, en ánclas, en tubos para conducir aguas, y en máquinas de guerra.

EL TEJO DE ORO.

¿Por qué no dices de una vez, en instrumento de matanza y rapiña?

LA BARRA DE HIERRO.

Es verdad que Alejandro, César, Gengis y Napoleon tenían espadas, que al menos equivalian en valor al cetro de tu Sofi de Persia; pero yo soy responsable de la naturaleza y mérito intrínseco del hierro, y no del abuso que de él hagan los conquistadores y asesinos. Fué dado al hombre para mantenerle y defenderle; si alguna vez soy en sus manos un instrumento perjudicial, de ello tienes la culpa tú, fomentador

de todos los vicios, padre de todas las iniquidades. El oro manda los crímenes; el hierro los ejecuta y castiga.

EL TEJO DE ORO.

Tus mismas imputaciones prueban mi poder.

LA BARRA DE HIERRO.

Ni aun esa ventaja puedo concederte. Corrompiste al mundo, pero el hierro lo conquistó. Con mi auxilio haces tú esclavos, y yo sin tí formo hombres libres. El suelo en que naces se distingue por su esterilidad; y la tierra, desecada por tu veneno, me pide favor para cobrar la fecundidad y la vida. Mi solo crimen, (y que prueba mi superioridad), es haberte conquistado, y vertido en el antiguo mundo tu veneno brillante y sólido, que la naturaleza próspera sepultaba en otro hemisferio. Reducido á tí mismo, solo tienes un valor convencional, y tu sola fuerza consiste en que te usen como un medio de cambio. Siempre han sucumbido las armas en que resplandeces, y el orgullo del cetro de oro siempre se quebrantó sobre la coraza de hierro.

EL TEJO DE ORO.

Deja esas declamaciones pedantescas y vanas: yo no te pregunto la opinion que

tienes de tu raza, sino lo que por tí mismo has hecho.

LA BARRA DE HIERRO.

Hice un poco de bien, mi obra mas bella.

Convertido en áncla al salir de la fundicion, me embarcaron en un navio de la India, que llevaba ochocientas ó novecientas personas. Despues de una larga travesía, y casi á vista del puerto, nos asaltó una espantosa borrasca, y el viento y la marejada nos echaban sobre las peñas de la costa. Fué preciso fondear: tres ánclas, arrojadas sucesivamente, se habian roto al empuje del mar furioso... *Allá va con Dios...!* Dejan caer el áncla de la misericordia, última esperanza de salvacion... Era yo: de mi resistencia pendia la vida de mil seres humanos. Las olas redoblan su rábia, pero yo resisto. El viento se apacigua, la calma renace, y por mí se salva el navio. Quisieron levantarme para entrar al puerto, pero me habia prendido en una peña, y allí dejé una de mis puntas.

En aquel estado me compró un artesano, que me convirtió en arado de nueva invencion. Bajo tal forma abrí tierras eriales, enriquecí sucesivamente á dos de mis dueños, é hice vivir con comodidad á mu-

chas familias, que sin mí probablemente se hubieran estinguido en la miseria.

Al retirarse el mar, dejó descubierta la peña bajo la cual habia quedado una de mis puntas. Unos pescadores recogieron aquella parte mia, y la vendieron á un herrero hábil, bajo cuyo martillo se dividió, subdividió, dobló y afinó de mil modos, proveyendo á todas las necesidades, y proporcionando utensilios cuya adquisicion era fácil aun á la pobreza. Ya imploré tu perdón en favor de aquella hoja de sable que te dió tan mal rato.

Me apresuro, pues, á terminar mi historia principal, diciéndote que el arado, gastado ya por el uso, fué fundido, y de él hicieron una de esas masas de hierro que sirven para lastrar los buques. Tras una série de aventuras poco interesantes, vine á parar al Tibet, y me hicieron barra para que atrancase la puerta del tesoro en que la avaricia de los bonzos te guardaba tan cuidadosamente, cuando ocurrió la catástrofe que nos ha sepultado.

EL TEJO DE ORO.

De ella saldré mas brillante que nunca, mientras el orin acabará de devorarte.

Aun hablaba el tejo, cuando algunos operarios penetraron bajo aquellos escom-

bros, y con inesplicable gozo se apoderaron de la barra de hierro. "¿Qué haceis?" les gritó el tejo, "os engañais; ese es hierro, y yo soy oro." "¿Qué nos importa?" respondió uno de los operarios, echándose la barra al hombro: "nuestro suelo es fértil, nuestro pueblo industrioso, y el enemigo se acerca. Hierro, hierro necesitamos."

ESPEDICION INGLESA

A LAS REGIONES DEL AFRICA CENTRAL,

EL espíritu emprendedor de los ingleses no ha dejado marchitar los laureles científicos ganados á la Gran Bretaña en el último siglo por los afanes del ilustre y desgraciado Cook. Los capitanes Parry, Franklin y Ross han arrostrado los rigores y peligros de los inviernos polares para explorar los mares y regiones árticas, y el primero osó emprender una expedicion hasta el polo, ya navegando en botes abiertos, ya caminando sobre los bancos de yelo que se le presentaban. Por otra parte, exploraba Weddell los mares antárticos, y las abrasadas regiones ecuatoriales del Africa central eran teatro de los esfuerzos no menos peli-

grosos de Mungo-Park, Denham, Clapperton y otros, que tenían por principal objeto determinar el curso del gran río Níger, cuyo término final ha dado motivo á tantas hipótesis ingeniosas. Por desgracia, casi todos estos viajeros fueron víctimas de accidentes funestos, ó sucumbieron á la espantosa insalubridad del clima. Al humilde Ricardo Landers, criado de Clapperton, estaba reservado el descubrimiento de la embocadura del Níger, que despues de vagar 400 ó 500 millas por el interior del Africa occidental, y recibir el tributo de muchos ríos navegables que se le unen, entra por varias bocas en la inmensa bahía del Atlántico que se llama Golfo de Guinea. El río Nun, por el que salieron al mar Landers y su hermano, desemboca junto al cabo Formoso, promontorio que separa las bahías de Biafra y Benin. Todavía se duda si este río Nun es la embocadura principal del Níger; pero está averiguado que subiendo por este canal, es navegable el Níger en todas las cuatrocientas ó quinientas millas que hay entre Boussa y el mar; y aunque arriba de Boussa está obstruido su cauce por una barrera de peñascos, se tiene por seguro que de allí puede comunicarse con Timbuctoo, y lo que es mas importante bajo el aspecto comercial, que el Níger en todo su

curso magestuoso atraviesa un país muy fértil, cultivado y pobladísimo, lleno de ciudades y aldeas á que jamás ha penetrado Europeo alguno, y sin mas comercio con las naciones civilizadas que los imperfectos cambios que pueden hacer con los tratantes de esclavos ó caravanas periódicas, que atraviesan con dificultad los desiertos inmensos y abrasados que separan esta region de las playas berberiscas. ¡Qué inmenso campo á las empresas del comercio europeo! ¡Qué ocasion para estirpar de raiz el odioso tráfico de esclavos, introduciendo hasta el corazón de la Africa la civilizacion y la industria! ¡Qué mies brinda á la geografía y á las otras ciencias la exploracion del Níger y sus muchos ríos tributarios! ¡Qué oportunidad tan brillante para esparcir la luz divina del evangelio en el foco de la supersticion é idolatría, y civilizar á millones de naciones paganas, sustituyendo á la ignorancia, ferocidad y barbarie las santas doctrinas de paz, caridad y salvacion eterna!

Con tan nobles objetos, resolvieron varios comerciantes de Liverpool despachar una expedicion al Níger, destinando á ella el bergantín *Columbina* y los dos buques de vapor *Quorra* y *Alburkah*, siendo este último todo de fierro. Esta interesante escua-

drilla, además del descubridor Lander, que debía servir de práctico é intérprete, llevó á su bordo al teniente Allen, encargado por el gobierno inglés de levantar planos; fijar las latitudes y longitudes, &c., y á un cirujano naturalista, en clase de voluntario. Los tres buques, bien tripulados, armados y habilitados con un surtido curioso de baratijas, salieron de Liverpool á fines de julio de 1832. El plan de Mr. Laird, director de la empresa, era entrar en el Níger, y subir por él hasta Boussa, procurando al paso entablar el comercio de polvo de oro, aceite de palma y marfil. Entre tanto, el *Alburkah* debía recorrer los principales brazos del Níger, y no es imposible que por alguno de ellos logre llegar al gran lago Tchad, situado en el centro del continente africano. Aun hay quien se figure que ese barquichuelo pueda penetrar hasta Abisinia y el Mar Rojo, por algun rio que salga del mencionado lago y corra hácia el oriente.

Interesados fuertemente en el éxito de esa expedición, sagrada á los ojos de la civilización y de la filosofía, há tiempo que solicitamos con ánsia noticias suyas en los periódicos europeos. Hasta ahora solo tenemos el sentimiento de saber que en mayo del año próximo pasado aun estaba el bergantín en la boca del rio Nun. Su capitán

y varios marineros habian sido víctimas de aquel clima insalubre, y el resto de la tripulación se hallaba en el mayor apuro por las enfermedades y falta de víveres, que no habia podido obtener de los negros. Los dos buques de vapor habian remontado el rio, y se ignoraba su paradero.

Como no dudamos que nuestros lectores participen de los sentimientos que nos animan en este particular, ofrecemos comunicarles cuanto llegue á nuestra noticia sobre la suerte final de esos interesantes descubridores.



REVISION DE OBRAS.

Himnos del Breviario Romano, y de algunas sagradas religiones, traducidos en verso castellano por el Presbítero D. JOSE MANUEL SARTORIO. Dálas á luz un amigo suyo. Con las licencias necesarias. Puebla: 1832. Imprenta del Hospital de S. Pedro.—2 tomos 8.º páginas 935.

Poesías sagradas y profanas del Presbítero D. JOSE MANUEL SARTORIO. Dálas á luz un amigo suyo. Con las licencias necesarias. Puebla: 1832. Imprenta del Hospital de S. Pedro.—5 tom. 8.º pág. 1655.

CADA día salen a luz producciones fútiles ó estúpidas, sin llamar la atención ni ocupar la pluma del crítico, que mirándolas con el menosprecio que merecen, las deja perderse en el abismo de su propia nulidad. Pero cuando volúmenes en que abundan tales producciones llevan á su frente el nombre de un sugeto que ha gozado hasta nuestros días la mas alta reputacion, el gusto aun no formado de la juventud corre peligro de corromperse con su lectura, y nos creemos obligados á dirigirles el anatema de la inquisicion filosófica, que establece en la Minerva su crítico oficio contra la estúpida pravedad del gusto y la apostasia de los buenos principios literarios. Esperamos que este lenguaje, aunque parezca extraño al comun de los lectores, será perfectamente inteligible al editor del P. Sartorio, y suavizará en algun modo la severidad del presente artículo.

El Presbítero D. José Manuel Sartorio, natural de México, donde murió á principios de 1829, á la avanzada edad de 82 años, fué hombre de buenos talentos, infatigable aplicacion y eminentes virtudes, cualidades que le grangearon la mas distinguida reputacion y el amor y respeto de sus con-ciudadanos. Su modestia no le permitió publicar en vida la coleccion de sus

obras poéticas, aunque un sugeto rico le ofrecia costear la edicion; y así protestamos que el rigor de nuestra critica no se dirige al venerable Sartorio, sino á su menguado editor, que *en prueba de gratitud* ha puesto en ridiculo su memoria, con sacar á luz una infinidad de futilidades que el autor jamas hubiera pensado imprimir, jactándose de que *treinta años de constancia en su solicitud* le han proporcionado perpetuar con tan noble monumento la fama de aquel digno sacerdote. He aquí treinta años que sin duda pudieron emplearse mucho mas útilmente.

Los *Himnos* forman la primera parte de la coleccion que nos ocupa, y por lo mismo, empezaremos con su exámen. Estas composiciones en su original latino, cualquiera que sea su precio á los ojos del lector piadoso, carecen de la elevacion de ideas, gracia y elegancia de estilo que nos encantan en los poetas clásicos del siglo de Augusto; y bajo otro aspecto, se hallan muy lejos de los admirables trozos de poesia disseminados en la escritura, y que aun transferidos á nuestra lengua, nos arrebatan en la hermosa version que recientemente ha hecho de ellos el sr. Gonzalez Carvajal. La repeticion fria de milagros legendarios en un latin manco y tenebroso no pue le jamas hacernos la impresion que los afectos pro-

fundos de adoracion ó lamento, los tremen-
dos presagios de gloria ó desolacion futura
que continuamente nos electrizan, al escu-
char en los Salmos y las Profecias los acen-
tos abrasadores de una poesia sublime, hi-
ja legítima del cielo. Por desgracia, tam-
bien la version desaliñada y tosca del P.
Sartorio dista muchísimo de la elegancia y
correccion laboriosa que tanto recomiendan
los trabajos de Carvajal, dándoles un lugar
clásico en la literatura española contempo-
ranea.

La versificacion de los *Himnos en cas-
tellano* es generalmente floja y descuidada,
y el lenguaje, lejos de corresponder á la
elevacion y dignidad del asunto, es por lo
comun trivial en extremo, hasta frisar en ar-
rastrado. No pueden recorrerse muchas
páginas sin tropezar con términos repug-
nantes á las orejas delicadas, como *desbro-
char rayos, sacros tizonos, calles tuertas,
aguggerado, modorra, destripado, chivato, dia-
blo*, y otros que por su vulgaridad se ha-
yan justamente escludidos del lenguaje poé-
tico. Infinitos versos están contruidos con
absoluto desprecio de las reglas prosódi-
cas, resultando que es muy desagradable
su lectura, ó mas bien, que no son tales ver-
sos. He aqui algunos de los peores que
deslucen la primera mitad del tomo 1.º

Y á los espíritus paz perseverante.
Las manchas laves que en las mentes traemos.
Nadie se precipite por engreido.
Dulce esperanza y del mundo apoyo.
Asístanos, pero mas que todos la.
Mas que los mártires fuerte y generosa.
Esta que alegres los fieles honramos ...
Ella honró á Dios, llamóse Salomé.
Milicia ángelica, Junta de Patriarcas.

El P. Sartorio ha empleado en su ver-
sion una gran variedad de metros, desde los
mas largos y nobles hasta los mas cortos y
vulgares, en sus vastísimas combinaciones.
Empero fué infeliz aun para la eleccion pu-
ramente métrica. Por ejemplo, ¿quien no
calificará de estravagancia la traduccion
del *Veni Creator* en seguidillas? (Página
87, tomo 1.º) He aqui otro himno sobre
la venida del Espíritu Santo, uno de los
asuntos mas sublimes del Nuevo testamento.

Ya Jesus habia subido
á su trono
á gozar del Padre amado,
y á enviar el amor sagrado
de lo que habia prometido
en abono.
Ya el dia solemne urgia,
pues pasado
desde la Pascua cincuenta
habian, y segun cuenta
de Pentecostés el dia
ha llegado.

Quando de tercia á la hora
recogido
en oracion el Senado,
baja Dios, y el mundo honrado,
anuncia con voz sonora
que ha venido.

Este Dios es fuego ardiente
que derrama
la gran luz del Padre santo,
que con pasmo, con espanto,
llena de calor la gente
que Cristo ama.

Llena y calma sus entrañas
placer tierno,
y absortos de sus finezas
preconizan las grandezas
con voces varias y estrañas
del Eterno.

Ellos se hacen escuchar
(y sin menguas)
de todos, y las naciones
se llenan de admiraciones
al oírlos pronunciar
todas lenguas.

Entonces Judea impia
fiera increpa
los discípulos sagrados,
cual si estuvieran tomados
de algun fuerte malvasia
que se trepa.

Pero á los que así lo dicen
con patentes
milagros, y á Joel citando,
Pedro les va demostrando

que mienten en lo que dicen
insolentes.

No haremos á los lectores la injuria de
ponernos á analizar una composicion tan
miserable. ¡Cabe metro mas impropio, es-
tilo mas chabacano y language mas innoble
en esa relacion de ciego sobre un argumen-
to divino, á que apenas habrian bastado las
harpas inspiradas de David ó Isaías?

Uno de los himnos sobre la Transfigu-
racion del Señor, asunto no menos grande y
sublime que el otro, empieza ridiculamente
así.

Ojo al monte! Si á Jesus
buscáis, allí una señal
de la gloria celestial
vereis en su clara luz.

Añadiremos en prueba de los mismos
errores algunas estrofas de la version del
Dies iræ, dies illa, uno de los cánticos mas
solemnes, lúgubres é impresivos que tiene
la Iglesia.

En aquel dia de ira
segun David confirma,
y la Sibila afirma,
se verá todo el mundo hecho una pira,
¡Oh que temblor habrá
cuando el juez tremendo
del cielo irá viniendo
y estrecha cuenta á todos tomará!

Una trompeta horrible
con espantosos modos

por los sepulcros todos
un son esparcir fuerte y terrible.

El sonido admirable
levantará á los muertos,
y del espanto yertos
los hará ir ante el trono formidable.

Se quedará espantada
la muerte y la natura,
el ver á la criatura
resuscitar, y al juez ser presentada.

Veráse un libro abierto
en el que está apuntado
de cuanto ser juzgado
deberá todo el mundo al descubierto.

.....
Entre tus corderitos
lugar dáme á tu diestra,
y á tu mano siniestra
no, no me pongas entre los cabritos.

Después que los malditos
estarán confutados,
y al fuego destinados,
llámame á mí hácia tí con los benditos.

Lamentable y pesado
ese día será, &c.

Para concluir con los *Himnos*, presentaremos á nuestros lectores dos escogidos entre los que nos parecen mas apreciables; omitiendo en favor de la brevedad las últimas estrofas, que solo contienen el *Gloria Patri*.

Gran señor, que formaste
la tierra, cuyo suelo prodigioso

próvido separaste
del elemento fluido y proceloso,
y la dejaste inmoble
mas que el robusto y arraigado roble.

Para que produciendo
la verde grama, las vistosas flores,
y un ropage vistiendo
de mil bellezas y de mil colores,
rindiese por tributos
jugosos pastos y sabrosos frutos.

Nuestra abrasada mente
que el torpe ardor privó de su hermosura,
tú piadoso y clemente
con los verdores de tu gracia cura,
para que con el riego
del llanto vuelva á sus verdores luego.

Sus culpas borre el llanto,
sus malos movimientos mortifique,
escuche tu orden santo,
á ningun riesgo, á ningun mal se aplique,
y del bien solo amante
evite de la muerte la hoz cortante.

En la adoracion de los Reyes.

Oh tú, feliz Belén,
ciudad la mas dichosa,
pues logras venturosa
gozar del sumo bien.

Nació en tí el soberano,
el capitan divino,
que de los cielos vino
á tomar trage humano.

Aquel Dios inmortal
que de carne vestido

anuncia haber nacido
un astro celestial.

Astro cuyo arrebol
en luz y en hermosura
vence la rueda pura
del luminoso sol.

Ya que los sábios reales
lo ven, sacan gozosos
de sus cofres preciosos
los dones orientales.

Postradas con decoro
hasta el cielo sus frentes,
ofrecen reverentes
incienso, mirra y oro.

Rey lo anuncia el empleo
del tesoro brillante;
Dios el olor fragante
del incienso sabeo.

Y en fin con amargura
la noble mirra advierte
su dolorosa muerte,
su triste sepultura.

Dénsete, buen Jesus,
gloria y gracias á miles,
porque ya á los gentiles
has mostrado tu luz.

Si la ejecucion de todos los otros himnos fuera igual á la de estos, su coleccion seria un libro tan agradable al devoto como al literato; y el P. Sartorio podria reputarse mediano poeta, si fuera permitido anular la dura y despótica sentencia de Horacio.

*Non homines, non Dii, non concessere co-
lumnae.*

Las *Poesias sagradas y profanas* son un laberinto, empezando por la estrafalaria y originalísima division de los cinco tomos en dos primeros, dos segundos y un tercero. El sr. editor, á quien se debe tan rara ocurrencia, cuida de advertirnos que ha distribuido las poesias segun su clase; y en esto ha obrado con prudencia, pues á no decirlo él, nadie imaginaria que hay tal clasificacion, viendo revueltas las composiciones latinas con las castellanas, las profanas con las sagradas, y los de géneros elevados con las mas triviales y aun ridículas.

Esta vasta coleccion contiene unos trescientos sonetos, casi todos muy débiles y prosáicos, dirigidos á muchos santos y á las vírgenes de todas las advocaciones, los amores de Partenio [el autor] con Nuestra Señora, como dos docenas de loas, varios poemas sobre la pasion y en elogio de la Santísima Virgen, coloquios, versos de posadas y via crucis, epigramas y jaculatorias, dias dados á infinitas personas en diversos metros, versos para monjas, convites de fiestas, traducciones de varios autores, &c. &c. Entre éstas ocupa cuarenta páginas la de unos ridículos preceptos médicos, de que podrá dar idea el siguiente trozo,

Al vientre ayuda el nabo,
y hace arrojar el viento por el rabo;
él provoca la orina,
y al diente causa ruina;
pero si mal cocido te lo comes,
al vientre te traerá retortijones.
Buena es la raíz del nabo,
y tres grandes provechos yo le alabo:
la vista clarifica,
ablanda el vientre y por detras se esplica.
Si los nabos te dan mantenimiento,
continuamente irás echando viento.

En toda la coleccion se notan los mismos defectos de estilo, versificacion y lenguaje que observamos en los Himnos; pero aunque abundan en ella futilidades pueriles y aun vergonzosas, su lectura hace admirar en el autor una facilidad de versificar, una abundancia de rimas y una riqueza de locucion, que con ideas mas filosóficas, fantasia mas viva y gusto mas delicado, habrían hecho de él otro Lope. Vuelve sin cesar á los asuntos que trató una vez, y en dos, cuatro, ocho composiciones, repite los mismos pensamientos, las mismas imágenes, casi las mismas palabras. Sin embargo, algunas de sus composiciones sagradas ó morales nos recuerdan debilmente al gran Luis de Leon, y tal cual epigrama de la misma clase, se recomienda por la fuerza del pensamiento y la concisa ener-

gia de la expresion. He aquí algunas muestras.

Mas empieza á brillar el horizonte
con los fulgores de la aurora bella,
que bañando de luz al prado y monte
las negras sombras vence y atropella:
y ése es el tiempo ya de que se apronte
corriendo en pos de su lucida huella
el hermoso placer, que desterrado
estuvo de la noche en el reinado.

Ya los jardines muestran su belleza,
haciendo alarde de sus lindas flores,
porque la aurora que á rayar empieza
le restituye á todo sus colores:
los girasoles alzan su cabeza;
seria el prado y ostenta sus verdores,
las aves cantan por los altos cerros,
y brillan los corderos y becerros.

.....
Cuando el arroyo, sierpe libertina,
á azotar á las flores no se atreve,
porque ataron su canda cristalina
cadenas de cristal, grillos de nieve;
cuando al ciprés, al álamo, á la encina
quita el ropage ladroncillo aleve,
y Flora llora con mortal desmayo
la triste ausencia de su abril y mayo;

Cuando del crudo invierno el poderio
en plata cuaja líquidas corrientes,
cortando el paso al caudaloso rio
y suspendiendo las sonoras fuentes;
cuando simples pastores del cruel frio
se defienden con llamas resplandientes,
y cuando mira el Padre de Faetonte
lentos de heno y escarcha árbol y monte.

En estas octavas, apesar de algunos defectos, que habria sido muy fácil evitar, se advierte una dición fluida, rica y sonora.

A la Asuncion de Nuestra Señora.

Moriste, si, moriste,
dominadora de la muerte horrenda;
mas fue porque quisiste,
Virgen Santa, seguir la misma senda
por donde tu hijo amado
sub r quiso al aleazar estrellado.

A lo mas eminente
del Olimpo sublime y luminoso
él poderosamente
te eleva y pone en trono magestuoso,
entre aplausos triunfales
que los coros te dan angelicales.

En vano la cruel muerte
asesta como á blanco á tu hermosura;
no podrá detenerte
en polvo vil de humilde sepultura,
de donde triunfante
saldrás ágil, sutil, clara y brillante.

Pues el amor alado
porque rápida y libre te remontes
al lugar encumbrado
de los eternos celestiales montes,
á las te dará bellas
para que vuelas sobre las estrellas.

No, no se le concede
á la muerte sangrienta y atrevida
el que tu cuerpo herede,
y despues de privarlo de la vida
entregue á los gusanos

esos miembros, oh Reina, soberanos.

¿Dar á la podredumbre
esas carnes la muerte? Cosa agena,
cuando sin pesadumbre,
sin corrupcion, y sin dolor ni pena
pariste inalterable
al grande Dios de amor, al Dios amable.

No, no serás vencida
del horror de la muerte encarnizada;
mas volviendo á la vida,
serás en cuerpo y alma levantada
sobre todos los santos,
á ser objeto de sus dulces cantos.

Vanidad del mundo.

¡Ay! la magnificencia
de los príncipes *a'tos* y elevados,
y la altiva potencia
de cuantos mira el mundo sublimados,
en un instante pasa y no parece:
todo acaba por fin, todo fenece.

¡Cuan breve y transitoria
es la farsa del mundo! Presto acaba.
Sus placeres, su gloria,
cuanto se goza en él, cuanto se alaba,
todo es de consistencia tan escasa,
que cual humo, cual sombra, presto pasa.

.....
Hombres locos é insanos,
porcion frágil de barro corruptible,
si pasto de gusanos
habeis en fin de ser, ¡como es posible
que querais levantaros orgullosos,
ó que os tengais en algo presuntuosos?

Tú, amigo peregrino,
que mi humilde cancion has escuchado,
prosigue tu destino,
y vive en adelante con cuidado,
estimando lo grande y duradero,
despreciando lo vil y pasajero.

No sabes si tu vida
habrá de prolongarse hasta mañana;
y así celoso cuida
de tener tu conciencia siempre sana,
obrando siempre bien si acertar quieres,
y haciendo á todos bien cuanto pudieres.

Ya estás bien advertido
que la gloria del mundo deleznable,
que el hombre seducido
juzga por verdadera y apreciable,
es en verdad con todos sus fulgores
comparada por Dios al heno y flores.

Como hoja que arrebata
de árbol copado el viento vagaroso,
así es la vida, grata
al hombre hallado en ella y en su gozo;
pues la arrebata de la misma suerte
el viento inexorable de la muerte.

Brevidad de la vida.

¡Que rozagante, que hermosa
se mira por la mañana
vestida de nieve y grana
reina del prado la rosa!
Pero cuando mas pomposa
se ostenta su lozania,
al irse escondiendo el día
viene la pálida muerte,

y ya marchita se advierte
la que es del huerto alegría.

Epitafio del autor.

Oculto dentro de esta
urna oscura y funesta
yace el pobre SARTORIO.
Fué orador: aplaudióle su auditorio.
Mas nunca ha predicado
mejor que ahora callado.
La muerte, el fin, su asunto fué postrero:
oye el sermón, y vete, pasajero.

Reasumiendo nuestro juicio, diremos para concluir, que esta publicacion, conducida con la mayor torpeza, [pues ni aun se ha atendido á la ortografia y puntuacion,] es un golpe mortal á la fama poética del P. Sartorio, cuando en una coleccion tan voluminosa no hay una composicion que tenga el sello de la superioridad. Así pues, mientras se entienda por poesia la espresion enérgica y elegante de imágenes halagüeñas ó sublimes en un lenguaje puro, noble y armonioso, mientras se llame poeta al que sepa sentir, pintar y conmover profundamente con los acentos de su mágica harmonia, el literato y el critico de gusto fallaráu que Sartorio *no era poeta*.



VARIEDADES.

ANTIGUEDADES AMERICANAS.

Un comerciante alemán de Valparaíso en Chile, muy afecto á investigaciones anticuarias, despachó hace algun tiempo á un dinamarkes hábil llamado Kenous, para que explorase algunas regiones desiertas de Chile, á que es probable no hubiese penetrado antes viagero alguno europeo. Se dice que este hombre ha hecho descubrimientos muy interesantes. Entre los Andes de Chillan ha encontrado una vasta llanura, sobre la cual yacen esparcidas las ruinas de una ciudad considerable. Como los indios de Chile siempre han sido nómades, y los Incas del Perú nunca lograron establecer su imperio en ese país, puede inferirse que la ciudad mencionada fué construida y habitada por un pueblo civilizado antiguo, que despues ha desaparecido completamente.

El examen científico de esas ruinas y el de la misteriosa ciudad del Palenque en Chiapas, son del mayor interes, y probablemente arrojarán mucha luz sobre épocas remotas de la historia del continente americano, muy anteriores á la existencia de los indígenas que encontraron sus descubridores en el siglo XVI.

NUEVO EMPEDRADO.

Un sugeto recién llegado á Inglaterra de San Petersburgo, menciona un nuevo modo de empedrar calles, que se ha probado con buen éxito en aquella capital. En vez de losas, ó piedrecillas segun el sistema de Mac-Adam, emplean los rastos unos trozos de madera enterrados de punta, cuya superficie superior tiene como una tércia de largo y ocho ó nueve pulgadas de ancho. Dichos trozos están cortados en figura hexagona, y ajustan perfectamente unos con otros, como un enladrillado. Los *Droskies*, carruages que por la pesadez y pequenez de sus ruedas hacen un ruido insufrible en el empedrado, se deslizan sobre este enmaderado, como si corrieran sobre una alfombra. Muchas son las ventajas del nuevo plan: ahorra á los oidos el tráfago ruidoso de los carruages, que tanto molesta en las grandes poblaciones; conserva las ruedas, evitándoles choques por la igualdad de la superficie; no está sujeto al polvo ni al lodo, y por último, hace facilísima su reparacion, pues solo hay que sacar el trozo que está podrido ó lastimado, y poner en su lugar otro nuevo. Si se lograra adoptar con buen éxito alguno de los medios que se han discurrido para preservar la madera contra los efectos de la humedad, impregnándola con

aceite, betun ú otra sustancia semejante, nos parece que una calzada enmaderada como se ha dicho, seria muy cómoda, económica y agradable.

DESPOTA AFRICANO.

El teniente Farwell, de la marina inglesa, se estableció con miras de comercio en la bahía de Natal, situada en la costa de Africa, bajo la soberania de un caudillo nombrado Chaka, uno de los monstruos mas inhumanos que jamás han existido. Apenas puede creerse lo que cuenta Farwell de su tirania. Por el menor antojo ó sospecha manda degollar hombres, mugeres y niños. Tiene 1.200 concubinas, y segun vá fastidiándose de ellas, las reparte á sus oficiales. No permite que nadie le vea comer ó beber; sus subalternos se le acercan arrastrándose, y si alguno tiene la desgracia de reirse, toser ó estornudar en su presencia, le manda quitar la vida. Cierta ocacion vió á un negro muy feo, y al punto dijo: "Quíten á ese de mi vista y mátenlo, porque me hace reir."

AEROSTATICA.

Mr. Amiot ha dirigido á la academia francesa de las ciencias una memoria sobre la aplicacion de una máquina de vapor á los globos aerostáticos, para darles direccion

por el aire. Este escrito se pasó á los sres. Dulong y Seguiet, que deben informar sobre su contenido.

ASTRONOMIA.

Sir Juan Herschel se ha embarcado en Inglaterra para el Cabo de Buena-Esperanza, donde piensa permanecer tres años, haciendo observaciones y experimentos astronómicos. Esta empresa no es costada por el gobierno ingles, sino á espensas de Sir Juan, que asi consagra noblemente la herencia de su ilustre padre y el fruto de sus trabajos anteriores á los progresos de la ciencia que con tanta justicia se llama celeste. El principal designio de Sir Juan Herschel es observar eclipses de sol y luna y ocultaciones y tránsitos de estrellas, para corregir las longitudes; pero sin duda llamarán su atencion otros objetos de importancia; y debe esperarse que los resultados de este viage coronen el nombre de Herschel con un halo de gloria todavia mas brillante que el adquirido á fines del siglo último con el gran descubrimiento del planeta Urano, ó *Georgium Sidus*.

LENGUA MUSICA.

Acaba de darse á la Academia francesa de bellas artes un informe sobre las mejo-

ras hechas por Mr. Sudre al *Sistema de lengua música* que ha inventado. La comision, compuesta de los sres. Berton, Cherubini, Lesueur, Boieldieu, Auber, Paër, Tissot, de Prony, conde Delaborde, Raoul-Rochette, de Freycinet y Edwards, ha dedicado muchas sesiones á exâminar con atencion escrupulosa las diferentes aplicaciones de su sistema que ha hecho el autor. La comision opina que este descubrimiento reúne muchas ventajas; á saber: 1.ª que proporciona un medio de comunicacion capaz de espresar todas nuestras ideas; 2.ª que esta nueva lengua puede esplicarse con sonidos, caracteres ó gestos; 3.ª que puede comunicar las ideas de cerca, ó trasmitirlas con rapidez á mucha distancia; 4.ª que puede emplearse á discrecion para comunicacion es francas ó secrétas; 5.ª que el sistema de sonidos es inalterable por su naturaleza, y no susceptible de variar sucesivamente con el tiempo, como la pronunciacion de las lenguas habladas.

La comision recomienda principalmente los recursos y ventajas inmensas que pueden resultar del medio que este sistema proporciona para comunicarse rápidamente á distancia; y como esta necesidad es una de las mas generales, declara al terminar su informe que Mr. Sudre ha hecho un verda-

dero servicio á su pais. La academia remitió dicho informe á Mr. Thiers, ministro de comercio y de trabajos públicos.

SABIDURIA ESPAÑOLA.

En el reinado de Carlos II, se presentó al gobierno español una compañía de negociantes holandeses, proponiendole bajo ciertas condiciones que haria navegable el rio Manzanares hasta su union con el Tajo, y el Tajo hasta su salida al mar. Un proyecto tan grandioso y útil se pasó á consulta del consejo de Castilla, y este ilustrado cuerpo espuso gravemente: " Que si Dios hubiera querido que esos dos rios fuesen navegables, no habria necesitado auxilio humano para hacerlos tales; y que no habiendolos hecho, era claro que no lo tuvo por conveniente. Intentar, pues, semejante empresa, seria violar los decretos de la Providencia divina, y corregirle impiamente la plana, enmendando los defectos que de intento dejó en sus obras. "

¡Cosa increíble! esta doctrina absurda aun rige practicamente en España. Todavía están sin concluir los grandes trabajos públicos empezados allí antes de la guerra de 1808. Ningun pais del mundo tiene tantas facilidades naturales para abrir canales interiores, y en ninguno serian mas útiles

esos medios de comunicacion. Sin embargo, las únicas tentativas de esta naturaleza que merecen mencionarse son los canales de Aragon y Castilla, y ambos se han abandonado antes que tuvieran estension alguna considerable.

NUEVA POTENCIA.

Mr. Ericson, fisico ingles, trata de sacar patente para el uso de una potencia nueva, á saber: el aire enrarecido por el calor, cuya aplicacion ahorrará las ocho décimas partes del combustible que hoy gastan las máquinas de vapor. Mr. Ericson ha probado plenamente la practicabilidad de su teoria, pues tiene en su casa una máquina construida conforme á ella, cuya fuerza equivale á la de un caballo, que lleva tres meses de estar trabajando con el mejor éxito, y ha sido examinada por los mejores maquinistas prácticos del pais.

POESIA.

LOS DIAS.

Mi boca lo juró. Jurólo el pecho
de no mezclar mi acento incorruptible.

son el acento del furor, y nunca,
nunca será que el juramento rompa.
Miro la aurora que se llama tuya,
la miro, Licias, y en estruendo odioso
en ella celebrar con torpe grito
hombres ilusos tu natal infausto.
Pero yo lo juré: mis tristes voces
no sonarán con las del vulgo débil,
débil y ciego. Cuando el alma triste
ve en su dolor que el infelice dia
en que el humano sobre el suelo cae
abre la escena á trágicos tumultos,
á convulsiones miseras y extrañas,
á duelos, á inquietudes, á dolores,
que ante su vida la azarosa suerte
siembra inhumana: cuanto aquesto juzgo,
¿podré esforzar mi báquico alarido,
y entre el estruendo del festin alegre
loar la imágen de tan negro dia?
No, amado Licias; no, que antes lloroso
gimo entre mil angustias, y me duelo
del largo padecer del caro amigo.
Cuando la tierna edad, dulce dorando
los hierros asperísimos que arrastra
el hombre miserable, me tenia
suspenseo allá con embriaguez mentida,
yo necio me alegré: canté imprudente
festivos dias de amistad ó deudo. . . .
Mas ay! que airada luego arrebatando
la razon austerísima y adusta
tan fácil ilusion, súbito quiso
correr el velo á mi ceguera horrible,
y la tierra y la vida ante mis ojos
presentar como son. ¡Ay caro Licias!

Entonces ví lo que turbó mi pecho,
y me arrancó del corazón fogoso,
aquel firme jurar. Entonces vide
este hervidero universal, que agita
el vicio atroz en singulares formas.
Vide la astuta solapada vírgen
sin la hipócrita máscara que pudo
mi inocencia burlar, falaz tendiendo
las redes del engaño y la perfidia,
insaciable en los crímenes, y ardiendo
en sed de vicios y nefanda llama:
vide gemir al infeliz cuitado
que adoró su mentira, y que humildoso
besando tierno la engañosa planta,
cayó sumido en insondable caos
de ingratitude y vil pendio infame,
en pago de su amor y su teroura:
vide á la esposa en impudente abrazo
manchar el lecho con indigno amante,
y perjura y sacrilega, en su triunfo
gozarse altiva con liviano rostro.
Vide al amigo levantar osado
la mano vil contra el amigo débil,
y herirle el corazón, y las sangrientas
palmas batir con altanero gozo:
vide á despecho de la fiel natura
ingrato el hijo maldecir las canas,
las canas venerables del que tierno
dióle el ser con desvelo infatigable,
y su existencia maldecir, y al oro
tender ansioso la fogosa vista.
Y en desunion y contrapuestos bandos
los hombres miserables, y en eterna
guerra vivir cual enemigos fieros:

ví horror no mas en torno. Aquí la sangre;
allí la turbacion y la agonía;
acá la fraude y el engaño astuto;
allá la infiel discordia. Ya sonando
por una parte el exécrable acento
de infernal maldicion; ya el lastimoso
eco de la miseria; ya soberbio
del poderoso el insolente grito....
¡Ay Licias! esto vide, y que ninguno
librábase del mal, víctima siendo
de tan violentos ímpetus, cual suele
débil barquillo de encrespadas ondas.
Y entonces lo juré: jurélo; amigo,
porque hablé con mi pecho, y ¿que? le dije,
¿será envidiable la existencia odiosa
de tanto mal esclava, y fluctuando
desde el primero hasta el postrer instante
sobre un piélago inmenso y cenagoso
de amarguras, de penas y zozobras!
¡Justo será que pida como bienes
al cielo los pesares, y bendiga
el sol funesto que nacer me viera
para tanto dolor! ¡Y lo que injusto
y aborrecible para mí estimára,
lo desearé para el ardiente amigo?
Oh! ¡nunca, nunca sea! ¡que mis votos
jamás se eleven al potente cielo
con súplica tan bárbara y odiosa!
Antes maldiga el ominoso instante
que presidió mi ser; ántes al alto
Dios invisible que del orbe es dueño,
en fervorosa peticion incline
á deshacer el lazo peligroso
que al suelo me ligó. Sí, amado Licias:

ó padecer, ó nó: ve aquí tan sólo
 la alternativa horrenda que se ofrece
 entre vivir ó nó. Falsos placeres,
 lejos por siempre de nosotros: lejos
 de nuestro pecho incauto que esclavizan,
 y engañado conducen al abismo
 de tanto mal y perdición. Tú acaso
 gozas del bien del mundo: tú por suerte,
 querido Licias, gozas agrado
 de cuanto puedes sobre el triste globo.
 Menos terrible contra tí el destino
 dióte no ver en torno el desastrado
 cúmulo de violencias y tormentos
 de que nadie libróse: el himeneo
 bajó hácia tí con la virtud amable
 en hermandad feliz; el negro crimen
 te miró y respetó, y avergonzado
 fué á soplar en otros corazones.
 ¡Mas que ganaste! ¡Ay triste! ¡Por ventura
 no amagan tu cabeza otros dolores,
 que aumentará tu amor? ¡Libre te miras
 de la injusticia universal? ¡Te juzgas
 esento de la rabia vengadora
 que anima al hombre? ¡Esperarás por dicha
 salvarte á la impostura venenosa,
 á la ambición, á la mordiente envidia,
 al fanatismo, usurpación, venganza,
 violencia, desenfreno, y cuantas arden
 graves pasiones en el pecho infame
 del hombre corrompido? ¡No percibes
 el alarido universal que hiende
 por el aire pestífero, y pregona
 la guerra eterna del mortal infausto?
 ¡No ves do quiera en bandos ominosos

gemir la especie triste, y tras las penas
 que el vicio vierte en los menguados pechos,
 llegar la turbación, y revoltosa
 hasta la santa paz ahogar por siempre?
 ¡No ves desde los mares procelosos
 del retirado sur, á los confines
 del ignorante indiano, levantada
 la discordia voráz, sembrando encono,
 incendios, ruina, asolamiento y muertes?
 ¡Hay un asilo en la infelice tierra
 libre al furor del negro fanatismo
 ó á la ambición cruel? Ay! torna un punto,
 torna, pues, caro Licias, y recorre
 el globo miserable. Aquí la llama
 torna en cenizas la constante esposa,
 y agrada á un monstruo con la ofrenda impia;
 allí se humilla la engañada virgen,
 y ceba la lujuria del impuro
 que á un Dios infame esplica malicioso:
 alla furioso con la espada corre
 alguno mas feroz, sacrificando,
 la fé del triste que su fé no sigue:
 donde el cañon asuela los hogares
 en que habitó la paz: ora se eleva
 génio indomable, que en el hierro agudo
 funda el derecho de apropiarse el orbe:
 ora en obsequio de infeliz capricho,
 el padre, el hijo, el deudo y el hermano
 son arrastrados al combate horrible.
 Todo es duelo y zozobras: con incierta
 y mal segura planta vaga el hombre,
 y espinas halla por do quier camina.
 Si huye un mal, otro le acomete al punto:
 si se salvó del pérfido adulterio,

de la envidia implacable, ó de la triste
doméstica discordia, vé que insana
viene arrasando el suelo miserable
la espada aguda del guerrero ardiente,
y del tranquilo poseedor inunda
en fuego y sangre la heredad tranquila:
si huye á la infanda guerra, y si apiadada
dióle la suerte amiga que no sea
víctima triste de pasión ni oprobio,
viene la aguda y penetrante fiebre,
y mortífera amarga los instantes
que á falsa risa destinados viera.
No hay un momento en fin que acibarado
del aciago dolor y mal no vea,
y siempre en duelo y en pesar nadando
el hombre mira los aciagos días. . . .
Y es esta la existencia? ¡Y fascinado
imploraré de la piedad celeste
que aumente tu vivir? Oh! nunca, Licias!
nunca, repito! Del oculto seno
del gran Dios justiciero que pregonan
los hombres á una voz, salga si quiera
prórroga infame de azarosos días,
para el que necio en el dolor se goce;
mas haga su poder en un momento
que esta carga penosa se disipe
para tí y para mí, y el negro día
que es á la humana y obcecada especie
día de gloria y de delicia lleno,
para entrambos se torne el deseado
en que sentencia de tranquila muerte
oigamos sin temor, y que la parca
dulce ejerciendo su rigor, disipe
tantos pesares é inclemencia tanta.—R.

MINERVA.

PERIODICO LITERARIO.



TEOLOGIA NATURAL:

[Segundo artículo]

No podemos conjeturar si está ordenado que cuando un sistema perice, ocupe otro su lugar en sucesion eterna, para manifestar á todos los siglos el influjo perenne de una Omnipotencia siempre activa. Peor está probada la agencia de la destruccion en el firmamento de las estrellas; y nuestro sistema tiene una agencia igual en un *medio resistente*, cuyo influjo, aunque imperceptible hasta aquí respecto de nuestro globo, debe al fin modificar necesariamente las órbitas de los planetas, y abismarlos en desórden y ruina. La existencia de este fluido etéreo fué idea favorita de los Cartesianos, que sin percibir todas las consecuencias de su teoría, infirieron por meros raciocinios abstractos que todo el espacio debia estar ocupado por alguna especie de ma-

teria. Al contrario, los cálculos de Newton se fundaron sobre la hipótesis de que todos los cuerpos celestes giraban en un perfecto vacío. Un descubrimiento reciente ha probado que los Cartesianos tenían razón, aunque no afecta los cálculos del gran astrónomo inglés, por la extrema rareza del fluido etéreo y la consiguiente dilación de sus resultados finales.

Este descubrimiento se debe á las observaciones hechas sobre un cuerpo llamado generalmente el cometa de Encke, que gira en torno del Sol con extraordinaria rapidez en una órbita muy excéntrica. Completa su revolución en unos tres años y cuatro meses, ó para hablar con mas exactitud, en mil doscientos ocho días. Es un cuerpo tan ténue, que cuando está en nuestro cielo parece una simple mancha vaporosa, por entre la cual se ven las estrellas sin disminución alguna de su brillo. Sin embargo, ocupa en el espacio una extensión vastísima, y las observaciones han probado que obedece con exactitud á la misma fuerza de atracción solar que rige á los otros cuerpos de nuestro sistema. Es fácil concebir que si el espacio está lleno de un fluido resistente, por raro que sea, debe ser perceptible y calculable su influjo sobre un cuerpo tan leve como el cometa de Encke, y así ha resulta-

do. Este cometa se vió primero en 1786, y volvió á descubrirse en 1795, 1805 y 1819. Los astrónomos suponían que en estos casos habían observado cuatro cometas diferentes. Pero Encke les hizo ver que sus observaciones solo podían convenir á cuatro vueltas periódicas del mismo cuerpo, y calculó de antemano que en 1822 aparecería en la región meridional del cielo. Con todo, en ese año resultó una diferencia notable entre sus posiciones calculadas y observadas, y lo mismo sucedió en 1825 y 1828. Sin duda estas diferencias provenían en parte de la acción perturbadora que los planetas, según hemos visto, ejercen unos sobre otros. Mas el efecto de estas causas se calculó muy cuidadosamente, y sin embargo, el resultado fué salir á luz un fenómeno residual, según la enérgica expresión de Sir Juan Herschel, del que inferimos que existe en el espacio un medio resistente. La obstrucción de este fluido etéreo ha disminuido en dos días el tiempo de la revolución del cometa desde que se observó por primera vez, y hoy tiene ya diez días de adelanto respecto del sitio que debiera ocupar, si esa resistencia no hubiera estrechado su órbita. Es, pues, evidente que el Sol ha de absorberlo algún día, por remoto que sea. Si el

efecto de la resistencia quita alguna parte de su velocidad á un planeta, este irá acercándose proporcionalmente al Sol, pues su tendencia al centro no hallará un correctivo suficiente en la fuerza centrífuga, que proviene de la velocidad con que gira el cuerpo. Y si esta resistencia continúa obrando, el cuerpo que la sufre se irá acercando al centro mas y mas, y sus revoluciones serán mas y mas prontas, hasta que por último llegue al cuerpo central, y el sistema deje de serlo.

Así la existencia del fluido resistente nos persuade no solo que el cometa de Encke será destruido algun dia, sino que tambien Mercurio, Venus, la Tierra y los otros planetas deben ser precipitados sucesivamente en el Sol, y borrados del universo. La verdad del argumento en nada varía porque este resultado necesite millones de años para verificarse naturalmente, y no podamos concebir su periodo. Nuestras facultades solo se adaptan á los objetos de una existencia fugitiva en el planeta que Dios nos ha destinado; y las inteligencias superiores deben mirarnos como insectos efímeros, como seres de un momento. ¿Podemos contar los objetos que nos revela el microscopio? Despues de haber empleado en observaciones casi cuarenta siglos, ¿hemos

logrado contar las estrellas? ¿Pues cómo podremos calcular los años de vida que aun faltan á nuestro sistema? Pero aunque esto sea difícil, ó mas bien imposible, no por eso es menos cierto que el sistema solar dejará de existir necesariamente algun dia, por remoto que lo supongamos. La consecuencia es irresistible. El sistema destinado á perecer, no es eterno. Si ha de tener fin, tuvo principio. Hubo tiempo en que no existió: vendrá tiempo en que no exista. Luego de necesidad fué creado por algun poder competente para obra tan prodigiosa, ilimitado en sus atributos; y así volvemos con pasos inerrables á la existencia de un Criador Omnipotente, á cuya vista nuestros millones de años, contados por revoluciones en torno del Sol, son meros resultados de una ley que la eternidad no conoce.

A veces contrastamos el destino transitorio del hombre con la permanencia de los bosques, de las montañas y el oceano, con el círculo perenne del Sol. Pero tal contraste es una ilusion de nuestra fantasía; y la diferencia última solo es de grados. El árbol mas robusto dura sus siglos, y luego perece: las montañas van derrumbándose, el mar se retira poco á poco, y las playas cesan de responder á la voz profunda y perpetua del oceano. Estas reflexiones han

ocurrido ya al geólogo, y ahora descubrimos que aun la armonía del cielo no está esceptuada de esta ley universal y melancólica; que no solamente las rocas y las montañas, sino el sol y la luna tienen grabada la sentencia mortal en sus frentes, y que su único privilegio sobre el hombre es un periodo mas largo de existencia. La efimera perece en una hora; el hombre sufre setenta años; un imperio ó nacion cuenta sus siglos; los continentes é islas tienen tal vez su fecha, como la tuvieron sus predecesores; y aun las revoluciones mismas del firmamento, que sirven para numerar las centurias, deben al fin cansarse y detenerse.

De estas reflexiones se infiere que el distrito de que somos parte aun debe contar multitud de siglos antes que espire, segun el curso ordinario de la naturaleza. El efecto del medio resistente todavia no ha producido cámbio alguno perceptible, ni aun respecto de Mercurio; y esto prueba que su influjo es cortísimo. Además, como el Criador obra segun sus propias leyes, debemos creer que no interrumpirá su curso, y las dejará producir sus resultados. Asi nuestro globo aun debe estar en pañales, y el hombre es un mero infante en cuanto á esperiencia. No alcanzamos á concebir la susceptibilidad que podrá darle su existen-

cia futura para que ensanche sus progresos en las ciencias, las artes, la civilizacion, y en la religion sobre todo. No podemos figurarnos el lapso aun de cien mil años, sin suponer que la educacion y el cristianismo se hayan generalizado en toda la tierra. Las generaciones de esos tiempos remotos mirarán el nuestro como un periodo de comparativa oscuridad y barbárie. La guerra les será desconocida, y ya estarán arreglados plenamente los puntos esenciales de la legislacion y economía pública. Se habrán facilitado las mútuas comunicaciones por cuantos medios pueda inventar el ingenio humano. Se habrán alzado nuevos imperios, tal vez habrán salido nuevos continentes del seno de los mares, y la razon y la sabiduría serán amigas y no enemigas de la fé, con la uniformidad que corresponde.

En efecto, apenas hay circunstancia alguna relativa á nuestra existencia que examinada con poca atencion no ministre pruebas sensibles de la beneficencia y sabiduría que presiden al universo. Si tendemos la vista por la superficie de la tierra, vemos en ella multitud variada de animales, que no solo sirven para nuestro sustento, sino contribuyen á nuestra conveniencia y recreacion. Tambien el mar y el ai-

re tienen su poblacion á nuestras órdenes; y mientras mas investigamos las leyes que rigen todo el sistema de la vida vegetal y animal, percibimos mas claramente su adaptacion completa y esclusiva al planeta en en que ejercen sus operaciones.

Asi vemos en las funciones internas de las plantas un completo ciclo, que conviene exactamente con nuestro año. Por ejemplo, casi todos nuestros árboles frutales necesitan la primavera para el ascenso de la sávia, el verano y el otoño para madurar el fruto, y el invierno para que se consoliden las nuevas ramas criadas en la estacion anterior. Supongámos la tierra transportada á la posicion de Venus: su año solo tendria siete meses, y esta mudanza trastornaría todo nuestro mundo botánico. El árbol, despues de haber brotado sus hojas, flores y fruto, seria destruido por un invierno que vendria en vez del otoño. Supongamos á la tierra en la órbita de Marte: su año entonces consistiría en veinte y tres meses. Seis meses consecutivos de primavera ó verano convendrán perfectamente á la vida vegetal en Marte, pero destruirian la de la tierra. Si la espiga del trigo permaneciese espuesta al sol de un verano de seis meses, sus granos se reducirían á polvo, y si permaneciera verde en una primavera de

igual estension, jamás podria madurarse. O nuestros vegetales se hallan arreglados á nuestro año, ó este á ellos; y en uno ú otro caso vemos una ley de adaptacion mútua, que demuestra la necesidad de un prévio designio.

La longitud de nuestro dia produce una observacion semejante. Hay muchas flores que se abren y cierran á horas determinadas, y si el dia se alargara ó acortara considerablemente, seria preciso construir de nuevo la máquina de estas flores, para ajustar sus horas á los cambios ocurridos en la salida ó puesta del sol. La noche es un periodo de reposo para casi todos los animales; mas si ella y el dia se alargasen á cuarenta y ocho horas, la fuerza presente del hombre no le permitiría trabajar por veinte y cuatro horas, aun con los intervalos que hoy acostumbra, y á la vez le seria imposible dormir mas de ocho ó diez horas. Las catorce horas restantes de la noche serian completamente inútiles, pues no podria aprovecharlas en ninguna ocupacion mental ó física. Hé aquí otra prueba patente de designio, ya consideremos los presentes hábitos de la vida animal adaptados al periodo en que la tierra gira en torno de su eje, ó esta revolucion á ellos.

La fuerza de gravedad en la region so-

metida al influjo inmediato de la tierra depende de su masa, y esta masa, como hemos visto, es uno de los elementos del sistema solar. Nuestro globo pudiera ser tan grande como Júpiter ó Saturno, ó tan pequeño como Ceres ó Palas, sin causar ningun trastorno visible en el sistema á que pertenece. Pero si la tierra fuera tan grande como Júpiter, la intensidad de gravedad en su superficie seria tan fuerte, que no dejaría subir la sávia á nuestros árboles, y detendria completamente la vitalidad en todas las plantas que poseemos. Así podemos percibir una relacion asombrosa entre la masa de nuestro globo y el nacimiento de una florecilla. Además, cualquier aumento considerable en la fuerza de gravedad que sentimos ahora, subvertiria las facultades musculares de todos los animales. El ciervo se sentiría casi tan pesado como el elefante, la liebre se arrastraría como el perezoso, el tigre no podría saltar sobre su presa, y aun el hombre, reducido á moverse con dificultad y dolor sobre sus pies y manos, quedaria degradado á la clase de cuadrúpedo. Su respiracion seria penosísima, por la suma densidad que tendria la capa inferior de la atmósfera; el corte de un solo árbol le costaría la vida; no podría dirigir el arado, ni abrir un pozo, ni alzar

las piedras del seno de Júpiter para erigir puentes ó templos, que si existen allá, deben ser gigantescos, para poder resistir á las tempestades é inundaciones horribles de ese planeta. El hombre no pudiera vivir allá ni un solo dia, á menos que reforzaran nuevos músculos su estatura, tuviera mayor actividad su sangre, corriera en venas mas espacijas, y se le diera un aparato pulmonar proporcionado en robustez á su fuerte máquina. La facilidad con que todos los animales, desde el elefante hasta la ardilla, ejecutan sus movimientos y recorren el círculo de su existencia, demuestra que su tamaño y miembros y músculos, y los instrumentos mas minuciosos que sirven en sus máquinas al sustento de la vida, están adaptados con la precision mas esquisita á la fuerza de gravedad que emana de la masa terrestre, y obra en ellos. Lo mismo sucede con el hombre, que en todo nuestro globo tiene la misma proporcion á su magnitud, demostrando con claridad que al crearlo el Omnipotente, lo pesó, por decirlo así, en una de sus manos, mientras con la otra equilibraba la Tierra.

La regularidad invariable con que esta completa su giro en torno del sol, prueba la perfeccion divina con que le fué marcada esa órbita. Cualquier diferencia en la lon-

gitud respectiva de los años burlaría los afanes del labrador, y haria impracticable toda tentativa cronológica. La historia de las generaciones pasadas seria un caos, y visionarios todos los cálculos relativos á tiempos futuros. En lugar de meses y años, tuiéramos una sucesion de dias, si es que pudiera dárseles tal nombre, y caeria en confusion inesplicable toda la rutina actual de nuestra existencia. La destreza (si podemos usar tal espresion) con que la Tierra sigue su camino en el espacio, sin tropezar con ninguno de los cometas que vagan perpetuamente por él en toda clase de órbitas, es resultado de una prevision admirable, que debió preceder al tiempo en que esas masas enormes fueron lanzadas á su curso. El cometa de 1680 llevaba tras sí una cola que escedía con mucho á todo el intervalo que hay entre el Sol y la Tierra; la cola del cometa de 1769 tenia diez y seis millones de leguas, y treinta y seis millones la del gran cometa que apareció en 1811. La órbita del cometa pequeño conocido por el nombre del astrónomo Biela, casi corta la de la Tierra; y es bien sabido que si esta hubiera tenido un mes escaso de adelanto en su posicion al tiempo que pasó el cometa en 1832, habria sido inevitable un choque entre ambos cuerpos

La pequeñez del cometa de Biela, que como el de Encke apenas es mas sólido que una nube, no hace creible que su encuentro produjera trastorno alguno en la órbita de la Tierra. Pero sí es muy probable que durante su paso trastornara las partes constitutivas de nuestra atmósfera, haciéndola acaso incompatible con la subsistencia de la vida animal, ó por lo menos agravando prodigiosamente la pestilencia que visitó en ese año fatal á tantas naciones. (1)

La profundidad media del mar, segun La Place, es de cuatro á cinco millas. Si las aguas existentes se aumentaran en sola una cuarta parte, anegarían la tierra, con excepcion de algunos montes elevados. Si el volúmen del oceano creciera solo una octava parte, sumergiría gran porcion de los

(1) Es bastante curioso que Júpiter, cuya gran masa le permite sufrir con impunidad tales choques, parezca un tropiezo perpetuo para los cometas. El de 1770 estuvo enredado entre sus satélites, cuya atraccion lo sacó de su órbita, haciéndole describir una elipse mucho mayor que antes. Pero su masa era tan corta, que ninguno de los satélites padeció la menor alteracion perceptible á consecuencia de una lucha tan extraordinaria. No podemos conjeturar el efecto que esta haya podido producir en la vida animal que abrigue la atmosfera de Júpiter.

actuales continentes, y las estaciones se trastornarían en todo el globo. Estenderíase tanto la evaporacion, que llúvias perennes destruirian las cosechas, las frutas y las flores, subvirtiendo toda la economía de la naturaleza. Acaso en todo nuestro sistema nada es mas bello y admirable que el mecanismo que riega los campos con el cielo, mantiene de los montes á los rios, y contiene al oceano en límites inviolables. Los vapores que el sol saca del mar, vagan flotando en la atmósfera, mientras son mas leves que ella; condensados, bajan á la tierra en lluvia; ó atraídos por las montañas, coronan sus cumbres, se disuelven, y llenan perpetuamente los conductos internos ó esternos de que todas se hallan provistas. Estos conductos llevan el fluido á los rios que corren por la superficie de la tierra, ó á las fuentes ocultas en su profundo seno, y destinadas á proporcionar al hombre un elemento mas puro. Al contrario, si el mar se disminuyera considerablemente, el Orinoco, el Marañon, el Misisipi, se volverían mezquinos arroyos; los arroyos y rios menores desaparecerian del todo; la atmósfera carecería de la humedad competente; la naturaleza toda se vestiría el traje fúnebre de la desolacion; el pájaro no se podría sostener en sus alas; perecerian los animales,

y el hombre mismo acabaría desecado, como la yerba marchita que hollaran sus pies. A la verdad, es incorregiblemente ciego, ó apenas superior al mono en la escala de la razon, quien ose decir ó piense de buena fé que este mecanismo de la evaporacion y condensacion, que subsiste ha tantos siglos en la tierra, no presenta huellas de sabiduría y poder divino, y especialmente de bondad hácia los infinitos séres cuya subsistencia y ventura penden absolutamente de que las aguas distribuidas en el oceano, la tierra y el aire, conserven inalterable su actual proporcion mútua. El entendimiento se humilla ante la conviccion de una Divinidad omnipresente, al considerar que ahora mismo hay en este globo mas de mil millones de séres humanos, cuyo diario sustento se funda en los vapores del oceano, que hasta aquí ha levantado siempre el sol en las proporciones exactamente requeridas para satisfacer las necesidades del hombre.

La atmósfera, que no podemos ver, pero que nos rodea por todas partes; cuya densidad medimos hasta cierta altura; cuya pureza es esencial á la vida; cuya presion elástica en los pulmones y al rededor suyo sostiene al hombre en la noble actitud que levanta su cabeza al cielo, induciéndolo-

le á buscar allí mansion eterna; la atmósfera, que no es evaporacion del mar ó la tierra, sino un elemento particular ligado á nuestro globo, y que lo acompaña perpetuamente en su giro por el espacio, ¿podrá imaginarse un momento solo que nos la haya proporcionado algun accidente fortuito? Si no hubiera atmósfera, aun cuando pudiéramos existir sin ella, nos sería inútil el oído, seríamos insensibles á la solemne música del mar, á la dulce harmonía de los bosques, á todas las combinaciones artificiales de sonidos gratos, y aun á los tonos fascinadores y tiernos de la voz humana. Podríamos entendernos con señas y gesticulaciones; pero nuestra lengua yacería condenada á silencio irremediable. Jamás hubieran existido las deliberaciones augustas de que han emanado las leyes y el orden social. Las tribus del género humano vagarían por la tierra en grupos salvajes, incapaces de civilizacion, sin poder alcanzar otras artes que las de asolacion y estermio.

Todo language se debe hablar, antes que pueda representarse con símbolos. Asi, pues, sin atmósfera no tuviéramos recuerdo alguno de los siglos pasados. Cada generacion se aislaría en su propia esperiencia, y las actuales sabrian lo mismo que

las anteriores al diluvio. No tendríamos imprenta, ni astronomía, ni matemáticas, ni poesía, ni elocuencia, ni barcos de vapor, ni fábricas. Vestidos con pieles de bestias feroces, nos habríamos acogido á los bosques y montañas, siendo incapaces de conservar las revelaciones divinas, ni de comprender el noble rango que nos pertenece en la creacion. Examínese la oreja del hombre ó de otro animal inferior, y diga cualquiera si no está perfectamente adaptada para la percepcion del sonido, que solo puede propagarse por el medio de la atmósfera. ¿Y aun podrá dudarse que la oreja se hizo para la atmósfera, ó la atmósfera para la oreja? Pero ¿quien las hizo?—Cuando Epicuro leyó por primera vez con su preceptor estos versos de Hesiodo,

Primero alzóse el tenebroso Cáos,
el mas antiguo de los seres todos,
y anchurosa de allí salió la Tierra,
firme asiento á los Dioses inmortales,

su espíritu indagador le sugirió una pregunta parecida: "¿Y el Cáos, de donde?" Es cierto que en su edad madura se satisfizo ruego el filósofo de que el Cáos nació del concurso fortuito de los átomos; mas se le olvidó por desgracia dejarnos respondida la otra pregunta que es consiguiente: "¿Y los átomos, de donde?"

La atmósfera nunca nos embaraza, aunque su volúmen es inmenso, y rodea por todas partes al globo, hasta la altura de cuarenta millas ó mas. La separamos sin dificultad con alzar la mano; pero la elasticidad del fluido lo hace volver luego á su lugar. La atmósfera difunde y templá el calor de los diferentes climas, sostiene las nubes en expansion, así divide igualmente sus aguas sobre la superficie de la tierra, y ejerce en la generacion y direccion de los vientos una agencia inmediata, que tiende perpetuamente á restablecer el equilibrio del calor y la humedad. Ya sabemos que el oído seria del todo inútil sin ella: si la atmósfera no existiera, tambien los ojos serian comparativamente ineficaces; solo veriamos aquellos objetos en que los rayos solares cayesen directamente ó por reflexion, deslumbrando el sentido en uno ú otro caso. La refraccion de la atmósfera economiza los rayos separados del sol, fundiendo, por decirlo así, en un fluido aquellas líneas de fuego, y llenando el espacio en que vivimos de una iluminacion atemperada admirablemente á la sensibilidad de nuestro órgano mas delicado. Así percibimos una connexion indisoluble entre la atmósfera, el oído, la vision, y todas las consecuencias y refinamientos que proporciona á la socie-

dad el ministerio del sonido y la luz. Tales relaciones, perfeccionadas por el mas sencillo mecanismo, son resultados tan manifiestos y visibles de un poder inteligente y benéfico, que debemos cerrar nuestras orejas al sonido y nuestros ojos á la luz, para dudar que tal poder existe y es divino.

Cuan varios son los climas de la tierra, y sin embargo, cuan uniforme es la temperatura de cada clima, aunque nuestro globo recorre anualmente en el espacio un círculo cuyo diámetro es de ciento noventa millones de millas! En cada clima particular vemos razas de animales y plantas, muchas de las cuales no pueden prosperar en otro. Aunque los vientos, llúvias y ye-los parecen muy irregulares, siempre resulta una constancia notable en la temperatura media de cada lugar, pues al fin del año aun los inviernos mas frios ó los veranos mas calientes influyen muy poco en su depresion ó subida. La observacion nos persuade que la estructura de las plantas y la naturaleza de muchos animales están naturalmente adaptadas al clima en que se encuentran. Por ejemplo, un vegetal que florece donde la temperatura media es de 55 grados, pereceria en otra de 50. Si nuestra temperatura media subiera ó bajara cinco grados, se trastornaría nuestro

mundo vegetal, hasta que nuevas especies acomodadas al nuevo clima, sustituyesen á las que hoy poseemos. Un habitante de las regiones ecuatoriales, cuya temperatura media es de 80 grados, apenas creería que la vida vegetal puede subsistir en las partes setentrionales de la zona templada, y los moradores de esta creen lo mismo respecto de las regiones árticas. Pero todos se equivocan igualmente, pues ningun clima se oculta á las miradas benévolas de una Providencia soberana, que "vive en todo el espacio, ocupa toda la estension, se estiende sin dividirse, y obra sin agotar nunca sus recursos maravillosos."



EL HOMBRE MISTERIOSO.

Por el mes de julio de 182— me hallaba en una poblacion interior de Inglaterra, y teniendo que ir á Dover, tomé un asiento en el techo de la diligencia. (1) Coloqué—

[1] *Las diligencias en Europa tienen asientos interiores y exteriores. Los últimos cuestan menos, porque en ellos van los pasajeros espuestos á la intemperie.*

me en él á la hora prefijada, y tomando un polvo, ofrecí la caja á otro pasajero que estaba sentado en frente, para principiar la conversacion con aquel acto de cortesia.

"Gracias, caballero," me respondió; "no gasto de eso: gracias al cielo no tengo vicios tan ruines, y hallo mejores arbitrios para quitar su plomo á las alas del Tiempo."

El que hablaba era un hombre de iestralario aspecto, de fisonomia muy anmada y ojos vivísimos. Su traje era singular pues consistia en chaqueta y pantalones detehule, sombrero con funda de idem, guanr. s de idem, y zapatos de suela doble sin teñificMis otros compañeros de viage eran un oficial retirado y un clérigo metodista, (1) á quien luego dimos en llamar "el caballero negro," por el color de su traje.

"Quitar su plomo á las alas del Tiempo!" exclamó el oficial; "eso equivale á quitar á su ampolleta la mitad de la arena."

"Eso no; mas bien quisiera yo aumentársela, con tal que fuese polvo de oro, para que brillase al caer," dijo el del hule. La superioridad que tenian sus modales y tono sobre su extraño traje, me indujeron á formar mejor concepto de su persona. Seguimos la conversacion, hasta que paró la dili-

[1] *Secta protestante.*

gencia para que se apeara uno de los otros pasajeros, y en aquel brevisimo intervalo se acercaron dos mendigos, cuyo aspecto podia haber infundido caridad al corazon mas duro. Era un anciano venerable, totalmente ciego, cubierto de andrajos, y con una barba tan cana como su cabeza. Acompañábale una jóven de quince á diez y seis años, con un rostro tan melancólico é interesante, y unos ojos azules tan dulces y modestos, que involuntariamente la tiré un real. El militar hizo lo mismo, pero el caballero negro se abrochó la casaca hasta el cuello, y la dijo con acritud. "Niña! niña! debieras saber que Dios nos prohíbe comer el pan de la ociosidad. Eh! marcha á trabajar. Yo no fomento holgazanes."

Jamas vi reprension hecha con mas dureza, ó recibida con mayor mansedumbre. La pobre criatura bajó los ojos, y se puso en el hombro la mano trémula de su padre, como para manifestar al clérigo que con semejante carga no estaba ociosa. Tal fué su intencion, porque la ví sollozar al mismo tiempo, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Dios sabe que me enterneció. Creo sucedió lo mismo al del hule, porque exclamó entre dientes: "Pobre criatura! pobre viejo! Vaya, es fuerza darles algo.—Oyes, coche-

ro! préstame un par de chelines, (1) mientras cambio, eh?"

"¿Quiere dos chelines?" preguntó el cochero, que estaba poniéndose los guantes y arreglando sus riendas para subir al pescante.

"Oh!" exclamó el sota, volviendo la cabeza; "es el hombre del..."

"Entonces, corriente," interrumpió el cochero; "dáselos."

"El hombre de qué?" pregunté yo.

"Gracias, gracias!" dijo el del hule; y echando luego una mirada furtiva al clérigo, llamó á la jóven, y poniéndola el dinero con suavidad en la mano, la dijo en tono afectuoso: "Toma, vida mia, para pan; y al comerlo, ten el consuelo de que es mejor ganado que el que la hipocresia arranca diariamente á la pobreza."

La muchacha le hizo una cortesía, mirándolo con espresion tan tierna, que realzó maravillosamente su hermosura.

"Vaya!" continuó el del hule; "creo que no lo hemos hecho tan mal. La pobre criatura vá socorrida, sin haber tocado yo al dinero menudo que traigo para los gastos del camino, y es probable que al cochero se le

[1] Moneda inglesa, que vale poco menos de dos reales.

«Olvide cobrarme sus chelines; así nada hay perdido.»

Este rasgo de bajeza me indignó: y al volver la cabeza para disimularlo, ví que la muchacha miraba con ojos resplandecientes una moneda de oro que tenia en la mano entre los chelines, y la oí exclamar: «Ah padre! ahí vá el buen señor del....» No alcancé la conclusion de la frase, porque el cochero chasqueó su fuede, y partió la diligencia como un relámpago.

Poco despues se oscureció la atmósfera, y á los diez minutos bajo despiadadamente sobre nuestras cabezas un aguacero abundantísimo; como entre los cuatro no habia un solo paraguas, presto nos empapamos, excepto el del hule, que con la satisfaccion mas tranquila se reía de la lluvia.

«El agua puede ser diversion para V., pero es muerte para nosotros, como dice la rana de la fábula,» exclamó el oficial, muy incómodo por aquella risa tan inoportuna.

«Perdon, mi amigo,» respondió el alegre; «pero aun el diafragma de un orang-utang sentiria cosquillas, viendo á V., al amigo de la caja de polvos y al caballero negro, manando agua de pies á cabeza, cuando con una cortisima prevision podrian andar secos bajo las cataratas de Niágara. Vean VV. como el agua se me resbala, cual si fuera

pato, gracias á los materiales con que me visto. Este traje es invencion mia, hecho con lona de primera clase, forrada con franela. Cosa inmejorable! Compren VV. y prueben; pero cuidado con no tomar del número dos, si es que quieren conservar el número uno. Ah! ah! ah!» y siguió riéndose largo rato de su propia agudeza.

«No niego,» dije yo, «que ese traje sea útil, sino fuera tan ridículo. ¿Y cual es el secreto para hacerlo impenetrable al agua?»

«El aceite de trementina,» respondió; «empape V. la lona de primera en él, y quedará á prueba de agua para toda su vida. Pero cuidado, porque todos los demas aceites se evaporan con el tiempo, y dejan la lona tiesa y áspera: solo el de trementina la conserva flexible. En cuanto á zapatos, no compre V. esos de papelillo, que solo sirven á los petimetres. No, no; compre V. su cuero, como yo hago; no teñido, sino natural, porque la maldita bola pudre el cuero; prepárelo V. con aceite de trementina, y cuando necesite zapatos, que los hagan de dos suelas en su presencia, ó el pícaro zapatero le jugará una de las suyas. Vea V. estos hechos de propósito para el mal tiempo: ¿á que no se rompen? No puedo yo vivir lo bastante para acabar con ellos; y estoy seguro de que si Adán los hubiera usado igua-

les, y existiera hoy, aun no habria podido romperlos."

A poco de haberse concluido esta erudita disertacion sobre cuero y zapatos, volvió á salir el sol, y disipó las nubes humedas. El tiempo es un asunto inagotable, y todos tuvimos algo que decir sobre su feliz mudanza.

"Oh!" exclamó el del hule; "cuan delicadamente brilla la luz sobre el aspecto lagrimoso de la naturaleza, cual si quisiera comunicarla su alegria! Mas ya se reanima la tierra, y todos los montes relucen, y todos los árboles ostentan millones de gotas cristalinas iluminadas. Ah! no querria yo ser ateo por todo el mundo, ni renunciar al rapto divino con que en semejantes ocasiones elevó mi corazon al Omnipotente!"

Este arranque de entusiasmo religioso venia tan estrafalariamente en pos de la lona, el aceite de trementina y el cuero sin teñir, que no supe si debia reirme ó admirarlo. Resolví, sin embargo, fondear las extravagancias de aquel hombre; pero á cada minuto me confundian mas y mas las bufonadas, ideas poéticas, vulgaridad y finura, que alternativamente mostraba; hasta que por último, sacó un puro de la bolsa, y habiéndolo encendido, se puso á fumarlo con síntomas de grandísima satisfaccion.

"Sírvasse V., caballero, no echar ese hu-

mo para acá, pues me ciega y me sofoca," le dijo el de lo negro, bastante enfadado; "vaya una costumbre asquerosa! inútil para V. y molesta para otros." "Ola! ¿lo dice V. de veras, cuervo mio? Inútil! pues tiene su moralidad. Este humo que lucha con el viento, nos recuerda enérgicamente las mudanzas de la vida; asi baja y sube alternativamente el hombre. Ya fuerte, ya débil, apenas logra elevarse un poco, la suerte-puf!— como una fugada de viento, le hacen ver cuan efimeros son sus planes. Mire V. el resto de mi puro, ya inútil y próximo á su fin: lo arrojamos, lo mismo que hace con nosotros el ingrato mundo; y entonces, ¿no se reduce, como el héroe mas elevado cuando muere, á un montoncito de ceniza?"

Habia algo bello en el tono solemne con que el del hule pronunció estas palabras, que hicieron callar al caballero negro. A poco paramos á remudar caballos, y aprovechamos gustosos aquella ocasion de apearnos, y echar un trago con que abrigar nuestros destemplados interiores. Quedéme tras de todos, y me llegué al cochero, deseoso de averiguar quien era aquel extraño personaje, que tanto habia excitado mi curiosidad.

"Ha! ha! es un sugeto muy guapo, ¿no es

verdad, señor?" dijo el latiguista, por vía de respuesta á mi pregunta.

"Si, si; pero, ¿quien es?" repuse yo impaciente.

"¿Quien es? Lléveme el diablo si lo sé. Ninguno de nosotros lo conoce, aunque anda mucho por este camino, y así lo llamamos el hombre del...."

"Oyes, cochero," interrumpió uno que llegó muy sofocado, "entrega este envoltorio luego que llegues á Dover."

"Está muy bien," dijo él, tocándose el sombrero; é inmediatamente llegaron otros dos ó tres con igual solicitud, sin dejarme continuar mis averiguaciones. Viendo que nada lograba por entonces, entré en la posada, en cuya sala hallé reunidos á todos los pasajeros, excepto el del hule; y preguntando por él, me dijeron que habia preferido tomar su trago en la cantina, porque allí le costaria un penique (1) menos que en la sala. Marché, pues, en su busca; en el camino hallé un criado que traia un vaso de licor, y creyendo fuese el que yo habia pedido al entrar, quise tomarlo.

"Este no es para V., señor, sino para el otro caballero, á quien debo servir de preferencia."

[1] *Doceésima parte de un chelin.*

"Ola! con que es hombre de tanta suposición?"

"Toma! ¿pues no?" fué su lacónica respuesta.

"Pues quien es?"

"Toma! ya vé V., todos lo conocen, y nadie lo conoce, (adivine V. esa,) solo por la circunstancia de.... pues ya me entiende V...."

"Eso quiero saber, la circunstancia de..."

"Anda, Juan, con ese vaso; ¿que estás haciendo?" gritó la huéspedada muy de mal humor.

"Ya voy, señora!—Y así, ya vé V., caballero, que por ese motivo lo llamamos el individuo del...."

Tin, tin, tin, chilló la maldita campana.

"Voy, voy," gritó el criado, echando á correr, y dejándome en una agenia de curiosidad. Sin embargo, llegué á la cantina, y encontré al amigo del hule bebiendo un vaso de cerveza, y regañando con mucha gravedad al criado por su tardanza. "V. lo entiende, amigo," exclamó al verme entrar. "Un penique ahorrado, es un penique adquirido; y un mostrador limpio es tan bueno como una mesa de caoba, aunque esta adorne la sala de recibir."

No dejé de mortificarme al ver los motivos á que atribuia mi presencia en aquel lu-

gar; pero no le contradije, y me senté en un banco. Sonrióse con satisfaccion, y preguntó cuanto debia.

»Diez y nueve chelines y seis peniques,» respondió el mozo.

»Hombre! estás loco? Diez y nueve con seis por un vaso de cerveza!» exclamó mi amigo el del hule.

»Señor, V. no recuerda los diez y nueve chelines que pidió el 1.^o de mayo para repartir á las muchachas,» repuso el mozo.

»Y no te di despues un soberano?» [1]

»Si, señor; me dió V. un soberano, diciendome que era para mí; y asi no me ha pagado los diez y nueve chelines que me tomó.»

»Cierto,» dijo el del hule, »se me habia olvidado; y como no volveré por aquí en algun tiempo, te pagaré de una vez.» Entonces vació sus bolsillos de toda la plata que contenian, pero al contarla, halló que solo eran diez y seis chelines. »Vaya,» dijo, »es fuerza entrarle al oro, y pues ha de ser, vamos á la sala, y tomaré una copa de vino.» Al decir esto, tiró un soberano sobre la plata, y salió de la cantina.

[1] *Moneda inglesa moderna, que tiene el valor de una libra esterlina, á saber, veinte chelines, ó poco menos de cinco pesos.*

Mientras giraba la botella en la sala, entró la huéspedea, y preguntó sin mas ceremonia, si alguno de nosotros era médico; añadiendo que cerca de allí estaba muriéndose la hija de una pobre viuda, y que el facultativo del lugar no queria verla sin que le pagasen.

Apenas la oyó tio Hule, se encasquetó el sombrero, y me dijo: »Quiero V. venir conmigo, tunante?»

Si cualquiera otro me hubiera hablado asi, le habria estampado la mano en la cara; mas comprendiendo como por instinto sus buenas intenciones, convine en salir con él. A la puerta nos detuvo el cochero, diciendo que no podia esperar mas.

»No tardamos cinco minutos,» dijo Hule.

Que espectáculo tan triste nos aguardaba! En un rincon de un aposento enteramente desamueblado, estaba amontonada una poca de paja, cubierta con una manta vieja, sobre la cual yacia postrada una jóven como de veinte años, al parecer en el último estado de consuncion. Cubríala un pedazo de gerga tosca, y un lio de trapos la servia de almohada! Sobre una cuerda tendida de una pared á otra, hácia los pies de aquel mísero lecho, estaban colgadas algunas piezas viejas de ropa, como un ligero abrigo contra el aire que entraba por todas

partes, y hacia temblar de frío á la infeliz criatura. Helóseme el corazón al verla. Aun se distinguían en la pared algunos fragmentos de papel pintado, y varias tachuelas que habían servido para colgar cuadros, lo que indicaba no haber tenido siempre aquel cuarto su actual aspecto de miseria.

Mi compañero lo comprendió todo con una ojeada, y una blancura pálida reemplazó el encendido color de sus mejillas. "¡Que miseria!" exclamó; "apenas puedo creerlo." Y volviéndose á la viuda, "Muger," la dijo, "¿cómo has parado en esto? Pero no seas perifrástica."

Pronto le satisfizo ella. Su historia era la comunísima, pero no menos dolorosa; á saber; su marido muerto, y la pobreza y angustias consiguientes á la viudez.

(Entonces mi amigo la socorrió generosamente, y mandó buscar al médico.)

"Nuestro Señor os bendiga y premie!" exclamó la enferma con tono solemne y melodioso, fijando en él sus ojos animados por la mas tierna gratitud. "Mi padre os debió toda su suerte: pueda la hija probaros algun día su agradecimiento!"

"Ea! basta de charla!" prorumpió el del hule. "¿Por qué no vas por el médico?" preguntó á la viuda.

"Lo llamaré en nombre de V.?" dijo ella, enjugándose las lágrimas.

"No: dile no mas que te envia el hombre del. . . — O no, no; ya no puedo esperar que vuelvas, y asi vale mas que yo te lo mande, y disponga que te traigan algunos muebles necesarios. Asi, quédense con Dios." Levantóse el sombrero al pronunciar tan sagrado nombre, y salimos.

Los pasajeros nos aguardaban con impaciencia; por lo que el del hule se apresuró á despachar su voluntaria comision, y yo iba tras él, cuando casi tropezé con una muchacha, que salia de la cantina. Como siempre me han gustado las mozas de posada, cuando son bonitas, la di al pasar una palmadita en la cara, haciéndola poner mas colorada, que el sol en un dia nebuloso. Pegó un salto para alejarse de mí, y murmuró entre dientes. "Buenas confianzas para un pasajero *de afuera!*"

En aquel momento volvía ya mi compañero *fuerista*, y agarrándola del cuello, la dió un beso redondo, que ella recibió con paciente sonrisa. Él siguió su camino, y yo la dije: "Vaya! parece que no te enfadan todos los *de afuera.*"

"Oh! esto no es igual, porque ese es el caballero del. . ."

"Bribona!" gritó la huésped, "¿cómo tienes valor para estarte ahí retozando, y no vas á dar un vaso de cerveza al caballero

del...?" En este momento dió el coche-ro un trompetazo tan infernal, que no me dejó entender el fin de la sentencia. "Vamos, señor," gritó en seguida, "no puedo esperar un momento mas, ni por el emperador de las Indias."

El sol estaba poniéndose tras una larga fila de collados, y nos presentaba una escena verdaderamente bella, mientras volábamos por el camino. Yo recordé en tono de burla las imágenes extravagantes con que los poetas describen al sol poniéndose.

"Señor mio," dijo Hule, "si los sesos de todos los poetas del mundo se reunieran, no podrian producir una sola figura digna del asunto. ¡Ese espectáculo no nos recuerda á Dios, dándonos un vislumbre de su gloria? ¡Y que lenguaje podrá igualar ó espresar nuestras ideas en tal momento?—El sol glorioso!—En Pérsia lo he visto desaparecer en el horizonte, como uno de los lirios carmesies que brota aquel suelo, al paso que en Grecia se pone como el globo recién dorado que domina la torre de San Pablo en Londres: en Arabia parece una tetera de cobre, y en el polo ártico se vé como un globo de plata, sobre el cual brilla la luna nueva. Allí he contemplado su fulgor pálido y triste, figurándomelo un ángel tutelar, que venia á disipar las tinieblas y yelos que

nos habian cubierto por meses; pero en otras partes (por ejemplo, en las cumbres de los Andes) me hé reido, viéndolo rodar á mis pies como una bola de fuego, y le he dicho en tono de triunfo, que ya no se le necesitaba hasta el dia siguiente. Me acuerdo que ha pocos años en Génova...—Tengo tan presente la escena, que me parece estarla viendo ahora mismo. Cada árbol, cada hoja, cada yerbecilla poseia en aquella hora un hechizo poético, conjurando imágenes indelebles en la fantasia. El lago cristalino yacia ante mí sereno y plácido, como un niño dormido: tras él se levantaban torreando montes sobre montes, hasta que sus picos llegaban á herir las nubes; y al contemplarlos, recordé la estructura enorme que en los tiempos antiguos elevaron los mortales, imaginando llegar al cielo. En torno de mí ondeaban las copas de muchos árboles soberbios, cual si fueran gigantes emplumados, que se inclinaban á darme cortesmente la bienvenida. La brisa vespertina venia cargada con aromas tan deliciosas como los que perfuman un jardin de Pérsia, y á cada ola del mar que espiraba en la vecina playa, seguia una débil nota de música. A lo lejos bailaban sobre el césped diez ó doce rústicos de ambos sexos; pero la distancia hacia sus figuras tan indistintas

y aéreas, que parecían espíritus, solazándose en el aire embalsamado. Un poco más allá, en la cumbre de una pequeña colina, se veía dibujada perfectamente en el cielo rosado la gallarda figura de un caballero joven, y la delicada y graciosa de una señorita, que apoyada en su brazo, se inclinaba hacia él con ademán afectuoso. Entretanto, sobre aquella reunión de lo bello y grandioso, de lo tierno y amable, resplandecía el sol en occidente, tan grande, tan espléndido, tan magníficamente sublime, que se me llenó el alma de ideas fantásticas, y creí hallarme en el Paraíso, y que me estaba contemplando el Ojo Eterno!—Pero aun esto," continuó, "fué poco, respecto de lo que sentí, cuando al volver á Inglaterra, vi ponerse el sol tras de las olas que lavan sus playas, las caras playas de mi nacimiento!"

"Y entonces no lo comparó V. con algún otro objeto grande ó precioso?" preguntó ágría y sarcásticamente el clérigo.

"Sí; lo comparé con un marinero vejecon, alegre y rosado, que teniendo ya deslustrada su chaqueta en el servicio diario, bajaba á renovarla con un baño de aceite de trementina, para que pudiese aguantar el trabajo de los días siguientes. Esta es poesía para V., cuervo mio," continuó Hule; "¿que tal? ¿no le gusta á V., muerto resus-

citado?" y le dió en el hombro una palmada tan recia, que lo hizo gruñir dos veces. Todos soltamos sendas carcajadas de risa, á espensas del caballero negro, que nos divirtió largo rato, hasta que entrada ya la noche, empezamos á sentir sueño. El caballero negro fué el primero en ceder á su gratuito influjo, y después siguió el del hule, recostándose comodamente en el equipaje, y dejando que el oficial y yo continuásemos nuestras reflexiones. Parecióme propia la ocasión para saber quien era el del hule, y en consecuencia pedí al militar la solución de tan raro enigma. Sonrióse, y me respondió: "Es cosa muy sencilla. Por lo que sin duda le habrá V. observado ya, esto es, por la rareza, pues, de..."

"Muy bien; pero eso, eso cabalmente es lo que deseo saber."

"Pues por eso, (¿está V.?) lo llaman justamente en el camino el hombre del..."

—En este momento se desvió ominosamente el coche de la perpendicular, y al inmediato,—tras!—se rompió el eje, y los pasajeros salieron volando por distintos rumbos, como una parvada de palomas. En tal confusión, apenas recuerdo que me sentí en el aire con brazos y piernas tendidas, ensayando mi primer vuelo sobre una cerca, y terminándolo con singular destreza sobre

un monton de majada que habia en un campo inmediato.

"Cada hijo de su madre, que tenga rotos los huesos, grite pidiendo favor," exclamó el del hule, poniéndose en pié con una presencia de ánimo admirable, considerándose que estaba dormido un momento ántes. Después de una breve pausa, continuó: "Bravo! nadie chista: pues entonces vayan tres vivas por la buena escapada;" y los echó al punto, levantando su sombrero, y haciéndole contra los demas. Aun vibraba el aire con nuestras aclamaciones, cuando nos asombró un espectáculo sobrenatural, y fué la aparicion de un espectro que salia de la tierra, vestido de blanco de pies á cabeza, no mal parecido á la muger de Lot, cuando se volvió estatua de sal por curiosa.

"Válganos toda la corte celestial!" exclamó nuestro jovial amigo, aunque algo azorado al ver acercarse el espectro.—"¿Eres," le preguntó, "ministro celestial, ó fantasma del infierno?"

"Soy el caballero negro," respondió con lamentable tono la figura blanca.

"El diablo eres!" exclamó significativamente Hule: "pues en adelante nadie asegure ya que dos y dos no son cinco, ó que lo negro no es blanco." Pero advirtiendo que el pobre clérigo estaba algo estropeado, por

haber caido en un pozo de cal inmediato al camino, se acomodó humanamente á sostenerlo, hasta un pueblo que por fortuna estaba cerca. Como no eran mas de las once, el cochero propuso que se reparara el daño aquella misma noche, y se cargara al accidente la media hora que en la posada habíamos perdido, pues tales eran las ideas filosóficas que formaba de las cosas aquel caballero.

"Me parece muy bien; y puedes mentir cuanto se te antoje," dijo el del hule, apresurando el paso. Pronto llegamos á un grupo de casas interpoladas con árboles, con un lindo prado de césped en frente, iluminado todo por una luna clarísima. Poco trabajo nos costó hallar un carpintero y un herrero; y mientras el dislocado carruage recibia de ellos su curacion, los pasajeros trataron de pasar el tiempo del mejor modo posible, con los materiales que se proporcionaban.

En obsequio de la brevedad, me limitaré á decir que durante nuestra corta mansion en aquel pueblecito, el señor del hule impidió un rapto; reconcilió á un padre con su hija y el amante de ésta; hizo á un juez de paz objeto de burla para todos los patanes de una legua en contorno; abofeteó á un alguacil; levantó de la cama á un cura; pagó los derechos de un casamiento; encendió

una luminaria, y asombró completamente á todos los aldeanos, espresando á veces en lenguaje de poeta sentimientos dignos de un ángel, arrancando lágrimas á los ojos de todos con la mas patética sensibilidad, y usando á renglon seguido las groserias de un bufon, ó haciendo fechorias de tal.—Pero debo llegar cuanto antes al término de mi viage.

Al apearnos en la posada de Dover, tomé el único aposento que estaba desocupado, y bajé á la sala comun á ver los periódicos. Mas apenas habia leído el primer párrafo de un asesinato interesantísimo, cuando se apareció el huésped, y me dijo con alguna confusion, que su criado habia tenido la inadvertencia de no avisarle oportunamente que yo tenia tomado mi cuarto, por lo que lo habia dado á otro pasajero.

»Es cosa muy llana: ese pasajero liará su hatillo, y buscará otra posada,» respondí yo recostándome en la silla, y cruzando las piernas con un aire de satisfaccion propia de quien paga su escote.

»Dios me libre!» exclamó el posadero.

Me lo quedé mirando, y luego le dije: »Que! ese hombre tiene tanto influjo en la prosperidad de esta casa, para que en favor suyo quiera V. saltarme?»

»Ciertamente, señor: es el hombre del...

Perdone V., quise decir el caballero que vino en su compañía.»

Cayóseme de la mano el papel que estaba leyendo. »¿El hombre del que?» pregunté ansioso.

»¿Como señor, es posible? Que, no ha reparado V. en su?....»

»Huésped, venga otra botella, y cuidado que sea de lo superior,» chilló un petimetre, que estaba sentado á una mesa, entre un grupo de oficiales. Supongo que era otro personaje de suposicion, porque el posadero corrió luego á servirle. Este incidente me desazonó en tal grado, que resolví tomar posesion de mi cuarto á toda costa, y defenderlo contra todo agresor, aunque trajera chaqueta de hule, ó librea del mismo demonio. Subí la escalera lleno de corage, y al llegar á mi cuarto, lo hallé abierto de par en par, y al hombre misterioso muy sentado frente á la puerta. Tenia delante una gran talega del mismo material que su traje, en la que echaba monedas de oro á puñados.

»¿Quien vá?—Oh! adelante!» dijo mi despojador, sin moverse del asiento. »Estoy ajustando mis cuentas, y recuerdo que debo á V. un chelin. (Me lo pidió prestado en el camino para no sé que objeto.) Aquí está; y ahora, me moriré cuando convenga,

sía que nadie pueda señalar á mi sepultura, y decir que le debo un chelin. Eh! ¿que tal?" y me puso el chelin en la mano.

"Sea V. quien fuere, es irresistible," le dije, trocado ya mi enojo en buen humor; "y debe V. conocer profundamente á la naturaleza humana, para jugar con ella de este modo."

"No sé yo que mi método sea mas sencillo de lo que V. supone. La naturaleza humana es semejante á una baraja, que sin cesar está mudando posiciones, y dándonos chascos solemnisimos; pero como proporciona su diversion, nunca prescindimos de ella. Si señor; por todas partes se hayan corazones de oro; aunque el desordenado apetito de dinero que domina generalmente, causa daños infernales. Cuando yo era jóven, me reputaban virtuoso; pero era pobre, y por supuesto, cuantos me encontraban se ponian á estudiar astronomia; ¿entiende V.? quiero decir, que iban mirando atentamente al cielo, siempre que andaba yo por sus inmediaciones. Dílos, pues, al diablo por asnos codiciosos, y tuve la prudencia de resolverme á ser rico. Con el tiempo me hice de un saco de hule, lo atesté de oro, y cuando esto llegó á saberse, ¡Dios mio! como se me apiñaban aquellas desinteresadas criaturas, y yo me reia grandemente para mi coletito. Si

embargo, pronto me fastidié, y echando á un lado la superfluidad de un nombre, emprendí mis viages, llevando conmigo el talisman para los corazones de todos los hombres, el *ORO*. He recorrido todos los climas, y habiendo reflexionado que muchos compatriotas míos penan por lo que he dispensado tan liberalmente á los estraños, me juzgo obligado á excitar sonrisas en mi tierra, antes que producir gestos en otras."

"Entonces, ¿porque se vá V. á Francia?" pregunté yo.

"Porque tengo allí asuntos de mucho interes. Este metal que puede enjugar las lágrimas de una viuda y doblegar la cerviz de un hombre orgulloso, ahora está destinado á hacer milagros en Francia. Voy á...."

"A que?" pregunté yo, viéndolo suspenderse.

"A ver los cochinos franceses. Son animales elegantes, ¿no es verdad? y tienen cinturas mas delgadas y piernas mejor hechas que nuestros cochinos vulgares y toscos.— Debo salir al amanecer, con que así, buenas noches." Y con esto, me fué sacando muy cortesmente de mi propio cuarto; mas al llegar á la puerta, resolví hacer el último esfuerzo para satisfacer mi intensa curiosidad. "Perdone V. caballero," le dije; "mientras he disfrutado el placex de acompañar á V.,

le he visto esparcir tanta felicidad y consuelo, que espero se sirva decirme á quien debo tantas horas de satisfaccion virtuosa."— El hombre de hule rodeó mi oido con ambas manos, como para asegurar el secreto de lo que iba á revelarme, y acercando á ellas su boca, marmuró en voz casi indistinta: AL HOMBRE DEL SACO DE HULE."



VARIEDADES.

CURA DE LA HIDROFOBIA.

MR. Buisson ha dirigido en octubre último á la Academia de las Ciencias de París una comunicacion en que reclama un tratado sobre la hidrofobia, que firmado con una sola inicial la remitió desde 1823.

En él refiere que lo llamaron á visitar una muger, la cual, segun se le informó, llevaba tres dias de padecer dicha enfermedad. Tenia los síntomas ordinarios, á saber: constriccion en la garganta, incapacidad de tragar, secrecion abundante de saliva, y espuma en la boca. Sus vecinos dijeron que unos cuarenta dias antes la habia mordido un perro rabioso. La sangraron

en instancia suya, y pocas horas despues murió, como se esperaba.

Mr. Buisson, que tenia las manos cubiertas de sangre, se las limpió inadvertidamente con una tohalla que habia servido para limpiar la boca á la enferma. Entonces tenia un dedo ulcerado; pero creyó suficiente lavarse con una poca de agua la saliva que se le habia adherido.

A los nueve dias, andando en la calle, le atacó repentinamente un dolor en la garganta y otro aun mas fuerte en los ojos. Continuatamente se le llenaba la boca de saliva; la impresion del aire y la vista de los objetos brillantes le causaban una sensacion dolorosa; su cuerpo le parecia tan ligero, que se juzgaba capaz de saltar á una altura prodigiosa, y sentia deseo de correr y morder, no á la gente, pero sí á les animales y cuerpos inanimados. Por último, bebía con dificultad, y la vista del agua le molestaba todavia mas que el dolor de garganta.

Estos síntomas se repetian cada cinco minutos, y le parecia que el dolor empezaba en el dedo afectado, y de él corria hasta el hombro.

Todos estos síntomas le persuadieron que estaba atacado por la hidrofobia, y resolvió terminar su vida, sofocándose en un baño de vapor. Con tal objeto hizo disponer uno, y

cuando el calor subió á los 107 grados 36 minutos, por el termómetro de Fahrenheit, tuvo la sorpresa mas grata al sentirse ya bueno. Salió del baño, comió con gran apetito, y bebió mas de lo que acostumbraba. Desde entonces dice que ha asistido con igual método á mas de ochenta personas mordidas, en cuatro de las cuales se habian manifestado ya los síntomas de la hidrofobia, y todas curaron, excepto un niño de siete años, que murió en el baño.

El método curativo que recomienda es que la persona mordida tome cierto número de baños de vapor, (llamados comunmente rusos,) y promueva todas las noches un sudor violento, envolviéndose en frazadas y echando sobre sí un colchon de pluma: el sudor se promueve mas bebiendo con abundancia un cocimiento caliente de zarzaparrilla.

Mr. Buisson se cree tan seguro de la eficacia de este método, que dice no tener embarazo en inocularse la hidrofobia; y en prueba de ser útil la transpiracion copiosa y continuada, refiere la siguiente anécdota: —Un perro con rabia mordió á un pariente del famoso músico Grétry y á otras personas, que todas murieron de hidrofobia. Pero él, cuando sintió los primeros síntomas del mal, se puso á bailar dia y noche, diciendo que *trataba de morir alegre*, y curó.

El autor cita por último la antigua creencia de que el baile es remedio para la picadura de la tarántula; y observa que los animales en quienes con mas frecuencia se desarrolla la hidrofobia espontáneamente, son los perros, lobos y coyotes, que nunca sudan.

AVENTADORES SEMOVIENTES.

Guillermo Gall, artesano de Abroath en Inglaterra, ha construido un par de aventadores semovientes, que sin el auxilio del hombre avientan trigo, cebada, &c. La sencillez de esta invencion es asombrosa. El trigo cae por un embudo de hoja de lata á una rueda de hierro llena de aletas al rededor, equilibrada con tanta delicadeza, que apenas cae grano, gira la rueda, y echa el trigo sobre los aventadores, que estan debajo. Paralela con la rueda de hierro esta otra de madera, y sobre ésta vá una correa atada á la rueda voladora de los aventadores, que los impele; así mientras queda un solo grano, se mueve la máquina y lo avienta.

COCHINILLA EN AFRICA.

Deseoso el ministerio de la guerra frances de introducir en Argel la multiplicacion de la cochinilla y el cultivo del nopal ó *cactus*, encargó á Mr. Loze, cirujano de marina, que fuese á Andalucia, y trajera secre-

tamente el insecto precioso que dá un color tan bello. Su viage ha tenido un éxito completo. Vuelto al Africa, se le ha señalado un yasto local para que pudiera conservar abrigadas de las largas lluvias de invierno las cochinillas que habia recogido en España. Por octubre y noviembre, los insectos pusieron sus huevos, que ya han producido, y que Mr. Loze ha puesto en doscientos nopales del pais. En ellos han prosperado las cochinillas tan bien como en los nopales importados de España. Los nuevos insectos habrán puesto en abril y mayo de este año, y con sus huevos se podrá intentar un ensayo grande en dos mil pies de nopal. Si este experimento sale bien, como es creible, la nueva posesion africana de Francia habrá adquirido un ramo de industria y comercio muy lucrativo. Dentro de pocos años quedará Francia libre del tributo anual que paga á España y sobre todo á México, para adquirir la cochinilla, que tanto se usa en sus fábricas de toda especie.

TELESCOPIO GIGANTESCO.

En la fábrica de instrumentos ópticos de Utzschneider en Munich, acaba de construirse un telescopio gigantesco, segun el sistema de Fraunhofer, que tiene quince pies de distancia focal, siendo su lente objetivo de

diez pulgadas y media de diámetro. Excede en tamaño y alcance á los mayores telescopios contruidos en vida del ilustre Fraunhofer, y los profesores de astronomia en la universidad de Munich, habiéndolo examinado y probado con gran escrupulosidad, aseguran que es una obra maestra perfecta. La claridad y distincion de un cuerpo celeste visto con él, son á las del telescopio de Dorpat contruido por Fraunhofer (que tiene trece pies de distancia focal y nueve pulgadas de diámetro en el lente objetivo) como 21 á 18, y la intensidad de la luz como 136 á 100. Respecto de este instrumento magnífico puede usarse literalmente la espresion vulgar de que aproxima los objetos. Asi cuando Saturno en su mayor inmediacion á la tierra dista de ella 165.000.000 de millas geográficas, magnificado 816 veces por ese telescopio, parece haberse aproximado á la distancia de 202.000 millas; y la luna, en su menor distancia de la tierra, cuando se magnifica del propio modo, parece haberse acercado á solas 68 millas geográficas, poco mas de la distancia que hay en línea recta entre Atenas y Constantinopla.

RENOVACION DEL ORO.

Hay un modo fácil y económico para resuscitar el brillo del oro en los cuadros y

Ella en revolucion perpetua gira:
 todo cambia sin fin; nada perece.
 Sigue la noche al refulgente dia,
 y á noche oscura nuevo sol: los astros
 salen, se ponen, y á mostrarse vuelven,
 y la tierra tambien, á ejemplo suyo,
 aspecto muda y formas. El Verano,
 de verdura brillante revestido
 y coronado con risueñas flores,
 cede al Otoño pálido. El Invierno
 sigue despues de yelos erizado,
 al dulce Otoño y á sus áureos frutos
 hace desaparecer, y reina impío,
 hasta que la florida Primavera,
 con aliento genial y delicioso,
 templá sus iras y restaura el mundo.
 Cuanto vegeta y vive se marchita
 para reflorcer; y cual en rueda
 que gira con violencia todo baja
 para subir. Emblema fiel del hombre,
 que se altera, se oculta, y no perece!

Naturaleza en círculo constante
 por siempre gira; mas el hombre vuela
 en línea inmensurable. Su alma sube
 trémula, ardiente, cual etérea llama:
 la humilde fe y el celo fervoroso
 sus alas son para subir al cielo.
 El mundo material en varias formas
 muere y revive, y en perenne giro
 lo tienen y tendrán la vida y muerte;
 pues ni siquiera un átomo invisible,
 que una vez existió, vuelve á la nada,
 imprevision mostrando en el Eterno.

Si la materia es inmortal, ¿acaso
 la esencia inmaterial, el alma pura,
 el pensamiento, la razon, podrian
 en el inerte polvo aniquilarse?
 ¿Podiera la sustancia mas impura
 á la mas noble preferir? ¿Y el hombre
 para quien todo muere y resucita,
 será el único ser que para siempre
 se abisme en el sepulcro tenebroso?
 ¿Será el solo sembrado en suelo estéril,
 ménos feliz que el grano y la semilla
 por Dios á su alimento destinado?
 El solo y noble ser á quien el cielo
 atribuyó la facultad sublime
 de amar la vida y de temer la muerte,
 ¿á irrevocable fin fué destinado
 por severo capricho de la suerte?

Si de Natura el órden perdurable
 favorece mi tema, en voz mas alta
 su gradacion universal depono.
 Mirad los grados de su inmensa escala,
 en que un ser intermedio siempre liga
 al superior y al inferior. Inerte
 la materia tal vez, dormida aguarda
 celeste aliento que la inspire vida.
 El vegetal combina misterioso
 la muerte y la existencia: luego un bruto
 existe y siente, y otro mas felice
 un leve rayo á la razon usurpa,
 que con pleno fulgor brilla en el hombre.
 Pero ¿como se alarga la cadena
 hasta los reinos de incorpórea vida,
 que escluyen el dominio de la muerte?

Su postrero eslabon es el humano,
que une al visible el invisible mundo.
Medio mortal, medio inmortal, etéreo
por la razon, terrestre en los sentidos,
las bestias á los ángeles enlaza.

Así Natura por do quier publica
de la inmortalidad el dogma santo.
¡Y el incrédulo, sordo á sus clamores,
aun osa desmentir su testimonio,
por no violar su alianza con la muerte;
y á la razon frenético renuncia,
por no apartarse de su polvo amado,
y no esponerse á conquistar el cielo?
¡Mísera ceguedad! ¡Atroz insulto
á la sublime dignidad del hombre!

Pero el sábio feliz, iluminado
por la luz de la fe, con noble tono,
ageno de temor, dice á la muerte:
"Cúmplase en mí la voluntad divina:
disuélvase la tierra, y desquiciados
de sus lejanas órbitas descíendan
los astros graves, y la tornen polvo.
En su inmortalidad mi alma segura
saldrá gloriosa del futuro caos.
Sobre la inmensa universal ruina
se asentará como en soberbio trono,
predominando, cual etérea llama,
la pira funeral del universo."

Recorramos la tierra, y con asombro
hallaremos espléndidos prodigios,
que casi eclipsan la beldad del cielo:

campos inmensos, que dó quiera cubren
opimos frutos, deliciosas flores;
mares hendidos por soberbias naos,
dó el hombre truena, ó generoso vierte
goces, riqueza, en apartados climas.
El fuego, el mar, los vientos y planetas,
cual instrumentos dóciles le sirven,
por su profundo génio sojuzgados.
Aun las eternas inflexibles rocas
ceden á su poder: allana montes,
los precipicios colma, y por do quiera
mil ciudades magníficas erige,
aun en medio del mar, que en vasto espejo
su noble pompa y esplendor retrata.
Soberbios templos álzanse á las nubes
con misteriosa magestad: los rios
corren suspensos por el aire vano,
en mares se convierten las llanuras,
ó canales profundos atraviesan
de mar á mar, y las remotas aguas
se confunden atónitas. El hombre
desentraña la tierra tenebrosa
ó mide audaz el ámbito del cielo,
y nuevos elementos, nuevos astros
feliz descubre; la creacion ensancha,
y cede á su poder Naturaleza.

¡Espléndido, glorioso monumento
del humano saber! ¡Cuadro sublime,
en que Inmortalidad sentó su sello!
¡Pudiera el barro impuro, deleznable,
elevarse á tan altas concepciones,
ó desplegar tan generoso vuelo!

Mas si los argumentos de Natura
 aparecieren frívolos y vanos,
 aun se hallarán mas fuertes en el hombre.
 ¡Ay! si este duerme y cierra los oídos
 á la enérgica voz del universo,
 ¿puede cerrarlos al interno grito
 de su agitado corazón? El necio
 que la inmortalidad combate insano,
 su sentencia fatal lleva consigo,
 como nuevo infeliz Balerofonte.
 Quien examine cáuto el propio seno,
 en él encontrará pruebas sensibles
 de vida eterna; ó la falaz Natura
 despiadada burlándose del hombre,
 con la misma verdad quiso engañarle.

Descontento, inquietud, vago deseo
 turban por siempre el corazón humano,
 y de él destierran el sereno gozo.
 El rey bajo los áureos artesones,
 y el vil pastor en su cabaña humilde,
 distintos en la suerte, en pena iguales,
 ansian, anclan, y á la par suspiran.

¿Será tal vez porque el visible mundo
 satisfacer no puede con sus dones?
 Mirad esos rebaños inocentes
 pastar la yerba, que mojó la lluvia,
 con un placer purísimo, perfecto,
 y ved si anclan mas. ¿Por qué motivo
 se niega á su señor igual contento?
 Porque el centro glorioso de las almas
 no está en la tierra; y el sediento humano,
 por frívolos objetos seducido,

cuanto disfruta mas, mas apetece.
 ¿Menos benigna al hombre que á los brutos
 fué Natura tal vez? No: de las almas
 el alimento mas precioso y puro,
 en el empíreo, su celeste patria,
 el Criador Soberano les reserva.
 Por él suspiran con feliz instinto:
 bajo el dolor se oculta su grandeza,
 y el perdurable afán que los agita
 es de inmortalidad segura prenda.

Es progresiva la razón del hombre;
 mas el instinto nace con el bruto
 en plena perfección, y aunque viviera
 un siglo y otro siglo, no saldría
 del círculo seguro que lo estrecha.
 Mas si el hombre del sol contemporáneo
 hubiera sido, su ánimo insaciable
 aun que aprender y meditar tuviera.
 ¿Por qué, Naturaleza, con el hombre
 tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta
 salió la mejor obra de tus manos,
 cuando las otras, ménos importantes,
 con asombrosa perfección puliste?
 O si al hombre imperfecto destinabas
 á prematuro fin, sin permitirle
 que fijase la esfera de su génio,
 ¿por que dar á su pecho acongojado
 el terror ponzoñoso de la muerte?
 ¿Por qué le diste prevision infausta
 del futuro dolor? ¿Por que le hiciste
 víctima de su ciencia lastimosa,
 y mas que en rango, superior en penas?
 ¡Ah! la Inmortalidad tan sola puede

revelar el enigma inesplicable,
y compensar sus males y dolores.

¡Sí; la Inmortalidad tan sola puede
resolver el enigma tenebroso
de la esperanza humana; el mas oscuro,
si al espirar morimos para siempre.
La esperanza frenética y ansiosa,
de nuestro gozo rápido asesina,
todo presente bien huella y devora.
¿Por qué la posesion, ya conseguida,
es siempre ménos pura y deliciosa
que la pintaba en sueños el deseo,
y á fervido anelar el tedio sigue?
Porque á distancia inmensa de nosotros
oculta la region de lo futuro
el único, inmortal, sublime objeto,
digno del hombre, y su Hacedor augusto
allá dirige nuestro ardiente anelo.

Es otro enigma la virtud. Mil veces
la huella fiero el insolente crimen;
y si todo se acaba en el sepulcro,
si no hay reparacion en otra vida,
¿cuan necios son sus mártires! En vano
la formidable voz de la conciencia
manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo
inculcar la virtud á sus criaturas,
si es decepcion? ¿O la justicia eterna
quiso burlarse del humano triste,
haciéndole adorar vano fantasma?
No: la conciencia, y la razon nos mienten,
ó el alma es inmortal, y en otro mundo
glorioso galardón, terrible pena
á la virtud y al crimen se prepara.

Cuando en sueño balsámico adormida
yace la tierra, y solo me acompañan
en ardiente vigilia centellando
las estrellas sin fin que en torno adoran
de media noche el silencioso trono,
yo en soledad augusta me consagro
á conversar con los ilustres muertos.
¡Cuántos modelos de virtud sublime
y de pátrio valor! De cuantos géneos
en las gloriosas páginas alienta
espíritu inmortal! Y ¿tales almas,
de la divinidad emanaciones,
dejaron de existir? ¿Tan solo fueron
como fugaz fulgente meteoro,
que arde, luce un momento, y se disipa
en el nocturno espacio tenebroso?

Cuando seguimos al sepulcro triste
los restos de mortales afamados
por su ciencia ó virtud, por cuanto estima
y alaba el hombre, ¿imaginar podemos
que no existen sus almas generosas,
ó que en inmunda corrupcion terminen?
La ciencia, la virtud, son nombres sacros,
que respeta y aplaude y diviniza
universal instinto generoso.
Mas ¡ay! si los espíritus perecen,
solo son dignas de piedad. El sábio
solo aviva sus ojos penetrantes
para ver mas miserias y delitos;
y la noble virtud, timbre glorioso
que une la tierra con el cielo puro,
es dañosa ilusion, delirio vano....
¿Engañará la voz del Universo!

Mientras mas penetramos en el hombre,
se vé mas clara la impresion profunda
de un sello universal, augusto, eterno.
En el fondo del alma, firme base
de todo lo demas, siempre notamos
de saber y de amar instinto puro,
afectos esenciales al humano,
como luz y calor al sol divino.
¿Y de qué sirven, si las almas mueren?
Con mil y mil afanes alcanzamos
imperfecto saber, y las mas veces
responde á nuestro amor desden helado
ó pérfida traicion. ¿Por qué Natura
tan angélicos puros apetitos
satisfacer nos veda plenamente,
y á los brutos benigna satisface?
¿Es el hombre mejor mas infelice?

No: de saber y amar en el humano
la ilimitada facultad y anelo.
nos demuestran objetos infinitos.
Del Criador la inefable providencia,
por ley universal de la Natura,
proporciona el objeto al apetito
y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
será triste escepcion de ley tan sabia?
Si no le aguarda eternidad futura,
ni a queste asilo burda su esperanza,
el hombre es monstruo, del Criador afronta,
ominoso lunar, fúnebre nube
de la Natura en el brillante aspecto.—
Quien la inmortalidad niega del alma,
al mismo Dios frenético blasfema.

Aun las pasiones, que al humano débil
coa su furor funesto descarrian
de la santa virtud, y en su tumulto
á la razon y á la verdad acallan,
de su inmortalidad son testimonio.

Recorramoslas, pues, y comencemos
por la ambicion, á la que siempre agita
fogoso anelo de brillante fama.
¡Pero con cuanto afan lo disimula!
Si mira sus designios revelados,
aunque al mas noble objeto se dirijan,
repentino rubor cubre su frente,
porque su dueño es inmortal. La sangre
subiendo así con misterioso instinto,
reprende al hombre que insensato busca
fugaz reputacion, fútil elogio
en este vano y transitorio mundo,
y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso
no es ménos elocuente. Si de fama
la inestinguible sed su alma devora,
la admiracion de un siglo menosprecia,
y ánsia que los aplausos de su gloria,
por mil generaciones repetidos,
al porvenir lejano se difundan.
Eternizar ansiamos nuestro nombre:
vano delirio, que jamas turbara
del hombre el corazon, si el alma suya
tambien no fuese indestructible, eterna!
Así el instinto previsor anuncia
un futuro interes; mas el humano
embrutecido su clamor desoye,
ó vana sombra por sustancia sigue.

De la inmortalidad sombra es la fama,
y sombra es en sí misma. Preguntadlo
al ambicioso, y os dirá que siempre
á su estéril afán huye impalpable.
"¿Es todo aquesto?" preguntaba César,
del poder en la cumbre fastidiado,
viendo á sus pies el universo y Roma.
Así con vano ardor el ambicioso
la tierra inunda en lágrimas y sangre,
y le avergüenza al fin su misma gloria;
porque gloria mas alta y perdurable
ser el objeto espléndido, sublime,
de su inmortal espíritu debiera.

Mas aunque mil peligros y pesares
pérfida la ambicion prodigue al hombre,
nadie del corazon puede arrancarla
do firme la plantó Naturaleza.
Absurdo fuera el célebre consejo
que á Pirro dió el filósofo, pues antes
domar pudiera su valor el mundo,
que la grave razon su alma fogosa.
Una constante actividad interna,
un elástico impulso al hombre agita
por distincion, en tronos y cabañas;
porque el señor y el siervo son iguales
en inmortalidad, y el alma eterna
siempre ambiciona el oropel ó el oro,
la estimacion mortal, ó la del cielo.

El insaciable afan del triste avaro
ofrece igual irresistible prueba,
cuando con privaciones prolongadas,
sin escuchar de la razon el eco,

aun en el borde mismo del sepulcro
guarda tesoros con errado instinto,
buscando eternidad sobre la tierra.

Mas la sensualidad embrutecida,
aunque se burla de futuros goces,
y audaz promete al hombre fascinado
convertir en Eden aqueste mundo,
prueba no ménos mi glorioso tema.
¡Por qué nuestro deleite mas preciado,
el goce del amor, que tan fogoso
turba, embelesa, exalta los sentidos,
siempre va del rubor acompañado,
busca la grata sombra del misterio
y con el manto del pudor se cubre?
Este rubor, inspiracion del cielo,
nos anuncia que el hombre se degrada
aun en el colmo de terrestre dicha;
y aunque dormida la razon callase,
aqueste solo instinto generoso
nuestra inmortalidad revelaria.

Sí; la Inmortalidad esplica sola
del hombre los misterios, y sin ella
son sus instintos pavoroso enigma,
y sus virtudes miserable sueño.
Aun sus propios errores y delitos
prueban su dignidad. Su sed eterna
de oro, deleites y brillante fama,
dice que para objetos infinitos
fué destinado. Sus pasiones fieras,
para las cuales el visible mundo
es estrecho teatro, le presagian
existencia mejor, vuelo mas noble,
y acreditan sus títulos al cielo.

Deten aquí tu canto laborioso,
 Musa de la verdad! La antorcha pura
 de la razon, que tus humildes pasos
 ha dirigido, penetrar no puede
 el velo de tiniebla misteriosa
 que el invisible mundo nos oculta,
 ni enseñarte sus gozos y dolores.
 No al celestial Espíritu debiste
 inspiracion profetica. La muerte,
 de todo impuro desatando el alma,
 muy mas allá del sol y las estrellas
 la hará subir sobre las ígneas alas
 de su inmortalidad, y el grande arcano
 revelará de su futura suerte.

HEREDIA.

—o—o—o—
 LA TEMPESTAD.

LA parda nube con fragor tremendo
 rasga violento el huracan sañudo,
 y al horrisono son del trueno rudo
 el aire está en relámpagos ardiendo.

Tiembla el tirano al pavoroso estruendo
 que retumba en sus bóvedas, y mudo
 teme sobre su frente el rayo agudo,
 sus vicios y maldades recorriendo.

En tanto el virtuoso en su retiro,
 como no excita la celeste saña,
 ni teme el rayo, ni le asusta el trueno.

¡Que es mas felicidad! ¿cual, es Dalmiro?
 El poder que del miedo se acompaña,
 ó la tranquilidad del hombre bueno?

SAVEDRA

Este periódico, dedicado á las ciencias y á la literatura, se publica mensalmente. Contiene:

1.º Ensayos morales, filosóficos y literarios, ya originales, ya traducidos.

2.º Fragmentos históricos interesantes, y biografías críticas de hombres célebres.

3.º Novelas de poca estension, cuentos, anécdotas, &c.

4.º Noticias y extractos de obras nuevas, nacionales ó extranjeras.

5.º Noticias de los progresos y descubrimientos que se hagan en las artes y ciencias.

6.º Composiciones poéticas escogidas, inéditas, ó estimables por su mérito y rareza.

Cada cuatro meses se forma un tomo, cuyo índice y carátula se dan gratis á los suscritores. Estos pagarán dos pesos por cuatrimestre, ó cuatro reales al mes, y los foráneos veinte reales, recibiendo por la estafeta los números francos de porte.

Se suscribe en esta imprenta.

En Mexico en las librerías de Valdés y Orellana, calle de Cadena junto al número 2.